

CUANDO LA AMISTAD NO IMPORTA



UNA HISTORIA DE MARCOS TORRENT

CUANDO LA AMISTAD NO IMPORTA

MARCOS TORRENT

Kellen, un adolescente alemán, desaparece de la vista de todos. Su maltratada mente, junto con su Asperger, se complotan para alejarlo en un momento sumamente delicado. Estruendo que inundó la escuela. El inicio de una pesadilla.

1ª EDICIÓN, Febrero 2016.

2ª EDICIÓN, Abril 2017.

3ª EDICIÓN, Noviembre 2022.

Material con licencia CC BY-NC-ND 4.0

Dedicado a mi yo adolescente.

Índice.

<u>Capítulo 1:</u>	1984. Alemania.....	3.
<u>Capítulo 2:</u>	<i>Mañana. Primera hora.</i> Clase de literatura.....	5.
<u>Capítulo 3:</u>	<i>Mañana. Segunda hora.</i> Clase de historia.....	10.
<u>Capítulo 4:</u>	<i>Mañana. Tercera hora.</i> Clase de matemáticas.....	31.
<u>Capítulo 5:</u>	<i>Mañana. Cuarta hora.</i> Clase de psicología.....	36.
<u>Capítulo 6:</u>	<i>Mañana. Quinta hora.</i> Clase final.....	42.
<u>Capítulo 7:</u>	Kellen.....	47.
<u>Capítulo 8:</u>	La verdad.....	59.

1984. Alemania.

Era una mañana soleada en la renombrada escuela Binghambrey. Institución perteneciente a la ciudad de Dortmund. Su fama se derivaba de un admirable nivel de formación estudiantil. La mayoría de graduados optaba por ir a la universidad. Otros pocos se infiltraban en empresas familiares.

No cualquiera podía mandar sus hijos a Binghambrey. El alto costo que implicaban las cuotas mensuales, sumado a las matriculas anuales, eran una fuerte barrera. Entre otros, tenían lugar los hijos de gerentes bancarios, empresarios o políticos.

Kiefer Spengler, un médico cardiólogo, había depositado su confianza en la institución. Su hijo se llamaba Kellen. Tenía diecisiete años e iba dos cursos atrasado. Tenía Asperger.

“El síndrome de Asperger o trastorno de Asperger es un conjunto de problemas mentales y conductuales que forman parte de los trastornos del espectro autista. La persona afectada muestra dificultades en la interacción social [...]”

Posiblemente, el aspecto más disfuncional del síndrome de Asperger sea la ausencia evidente de empatía. Los individuos con SA experimentan dificultades en aspectos básicos de la interacción social, lo que puede incluir dificultades para forjar amistades, o para compartir satisfacciones o actividades gratificantes con otras personas (por ejemplo, mostrarle a otros un interés propio en determinados objetos).”¹

“Las personas con síndrome de Asperger se tornan demasiado concentradas u obsesivas con un sólo objeto o tema, ignorando todos los demás. Quieren saber todo sobre este tema y, con frecuencia, hablan poco de otra cosa.”²

Era muy común, como lo había sido siempre, que algunas personas liberasen tensión agrediendo a alguien más débil e indefenso que ellas. Por lo general, estos agresores eran maltratados en su hogar, venían de una familia complicada o, simplemente, buscaban la aceptación social por malos métodos.

¹ “Síndrome de Asperger”. En Wikipedia. Recuperado el 26 de diciembre de 2015, de https://es.wikipedia.org/wiki/S%C3%ADndrome_de_Asperger

² “Síndrome de Asperger”. Biblioteca nacional de medicina de los EE.UU. Recuperado el 26 de diciembre de 2015, de <https://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/ency/article/001549.htm>

Kellen tenía que lidiar con ellos día a día. Anotaba en un pequeño cuaderno, que llevaba siempre en su bolsillo, el nombre de todas las personas que lo habían molestado. Las hojas estaban divididas en varias columnas.

Agresor || Cantidad de veces que me agredió || Razón || ¿Puede generarme malestares otra vez? || ¿Me ha golpeado? || Venganza.

Si una persona hubiese hojeado el cuaderno poco más que a simple vista, no hubiese dudado en que éste era propiedad de un psicópata.

2

Mañana. Primera hora. **Clase de literatura.**

- Como su profesora de literatura, Adelina Eigner, se ha tomado licencia debido a la espera de su segundo hijo, yo seré su nuevo profesor suplente. – Comentó alguien mientras cerraba la puerta.

Un hombre canoso y gordo había ingresado silenciosamente tras los estudiantes.

- Mi nombre es Bingham Berlepsch y dictaré, temporalmente, la materia de literatura – *mirando a la clase* - ¿Alguien por favor puede recordarnos el último tema que estaban tratando con la antigua profesora? – Pronunció mientras contemplaba un punto imaginario del salón.

- Si me permite recordar, nos encontrábamos leyendo un cuento de Edgar Allan Poe titulado “Los crímenes de la calle Morgue”. – Dijo el alumno Leonard Furtwängler.

- ¡Já! ¿iPoe!? - *burlándose* - Por si alguno de ustedes no lo sabía, Poe era un borracho. Se dedicó más a dañar su hígado que a escribir. No entiendo cómo pueden hacerles leer cuentos de ese pobre infeliz. – Soltó el profesor.

- Compartimos opinión, profesor. De todas formas, es material escolar. Lamentablemente, debemos leer a este “pobre infeliz” como dice usted. – Expresó Leonard.

- Así es. – *con énfasis* - Pobre infeliz. – *fingiendo incomodidad* - No me queda otra opción que seguir con el contenido que se les brindó. – *señalando a un alumno situado al fondo. Geert Diermissen.* - Tú. Lee en voz alta mientras los demás siguen la lectura. – Comentó Bingham.

*“Se lo explicaré - me dijo Dupin, en quien no había la menor partícula de charlatanería - y, para que pueda comprender claramente, remontaremos primero el curso de sus reflexiones desde el momento en que le hablé hasta el de su choque con el frutero en cuestión [...]”*³

³ “Los crímenes de la calle Morgue”. Edgar Allan Poe (fragmento).

Kellen no podía concentrarse en seguir la lectura. Se encontraba situado en uno de los asientos del fondo con una mueca frustrada a razón de los pensamientos del profesor y de su compañero. Estaba en desacuerdo. Admiraba mucho a Poe. Era uno de los escritores en los que más se había interesado a lo largo de sus clases de literatura.

- ¿Por qué desprestigiarlo tanto? ¿Sólo porque tenía problemas con el alcohol? Además, no está comprobado. - Pensó.

De repente, una palma sobre su hombro interrumpió la charla cerebral.

- ¿Podrías seguir tú por favor? – Preguntó Bingham forzando amabilidad.

- Perdona, profesor. – *tartamudeando* - Es que me he perdido. – Dijo dificultosamente.

- ¿Por qué se ha perdido? ¿En qué estaba pensando? – Interrogó.

- En nada, profesor. No volverá a pasar. – Respondió incómodo.

- Retome, por favor, la lectura. No me haga perder el tiempo. – *mirándolo con detalle* - Por cierto, ¿no está un poco grande para esta clase? Debería tomarse más en serio la escuela. Aquí no venimos a jugar. Venimos a aprender. – Dijo Bingham.

La clase susurró. Se escaparon algunas risas. Asintió con la cabeza a modo de disculpas mientras que el profesor indicó a otro alumno que siguiera la lectura. Jarvia Milman.

“El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y el brazo derecho se hallaban fracturados en mayor o menor grado. La tibia izquierda había quedado reducida a astillas, así como todas las costillas del lado izquierdo. El cuerpo aparecía cubierto de contusiones y estaba descolorido [...]”⁴

Kellen tenía buen aspecto. Delgado, alto, cabello corto y algunos signos de vello facial. Normal para su edad pero, entre jóvenes dos años menores que él, llamaba un poco la atención.

Bingham caminaba en círculos. Parecía no tener interés en la clase. Mataba el tiempo escuchando superficialmente la lectura para, al cabo de un tiempo inexacto, indicarle a otro estudiante que prosiga.

⁴ “Los crímenes de la calle Morgue”. Edgar Allan Poe (fragmento).

Seguía sin concentrarse. No dejaba de pensar en su vergonzoso momento. Estaba ansioso por escribir su cuaderno. Un enemigo más.

Más de un alumno había recibido ese tipo de comentarios. Una situación tristemente catalogada como normal. Lo triste, sin embargo, era que el joven estaba harto. Cada cosa que le afectara, sin importar su grado de dolencia, merecía, según él, estar entre esas páginas.

La clase continuó su ciclo. El profesor, extrañamente, dejó de cambiar de alumno. Jarvia estaba rozando la media hora de lectura. A Bingham le había fascinado su tono de voz. Tanto que había perdido la noción del tiempo mientras ésta leía.

“La edición vespertina del diario declaraba que en el quartier Saint-Roch reinaba una intensa excitación, que se... [...]”⁵

- Basta de lectura. Todos deténganse aquí. – Dijo Bingham firmemente.

Una mirada perdida hacia el reloj bastó para cesar la hermosa melodía.

- Aprovecharé estos últimos diez minutos para darles una pequeña tarea. Les pido cordialmente que todos copien lo que escribiré en el pizarrón. – Comentó.

El hombre, tras darse la vuelta, notó que no quedaban tizas blancas en el sostén de la pizarra.

- Tú. – *mirando a Kellen* - El hombre mayor. Hazme el favor de pedir una tiza blanca en la sala de profesores. – Soltó fríamente.

Se levantó indignado. Caminó hasta la puerta visualizando las baldosas. Debería atravesar todo el corredor hasta llegar a las escaleras. Allí, subiría dos pisos y, finalmente, luego de pasar la biblioteca, se toparía con la sala docente. Lugar que visitaba frecuentemente.

Cuando en los recreos las agresiones se tornaban demasiado fuertes, Kellen simplemente se alejaba conteniendo las lágrimas y se dirigía al lugar simulando sentirse enfermo o confuso ante alguna tarea de sus asignaturas. Los malestares que fingía eran muy normales. Dolor de cabeza, de estómago, mareos y bajas de presión. Por otro lado, cuando el asunto implicaba deberes para el hogar, era más difícil que lo dejaran pasar. Los profesores, al igual que los alumnos, querían despejarse un poco antes de su siguiente clase. Además, Kellen podría interrumpir a un profesor en cualquier otro momento. Se le hubiera permitido salir de una clase con el fin de resolver una duda importante en otra. La escuela era bastante flexible con ese tema.

⁵ "Los crímenes de la calle Morgue". Edgar Allan Poe (fragmento).

Sin embargo, todo tenía su lógica. Sabía que no podía estar enfermo casi todos los días y, por ende, la alternativa de una pregunta escolar no era un mal plan. Preguntaba por alguno de sus profesores y, si éste no estaba dentro de la sala, se veía forzado a irse nuevamente al patio.

Llegó a su destino. Tocó la puerta nerviosamente. Respondieron a sus golpes.

- Ahí voy. Aguárdeme un segundo – Dijo una persona saliendo de su silla.

En breve, la puerta se abrió. La cara del propietario de la voz resultó familiar para él. Mallory Milch. Profesora de biología. Una de sus docentes en tercer grado.

- ¿En qué puedo ayudarte? – Dijo amablemente.

- Nuestro profesor suplente de literatura me pidió que venga a buscar una tiza blanca. – Respondió nervioso a la mujer que lo miraba curiosamente.

- ¿Kellen? No te había reconocido. Hace mucho no te veo – *sonriente* - Está bien. Aguárdame un segundo. Iré a buscarte una. – Soltó para luego meterse en la habitación.

El joven atravesó una mezcla de emociones. Tenía cierto afecto por Mallory. Muy pocos lo habían tratado tan bien. Por otro lado, estar lejos de Bingham lo mantenía calmo.

- Aquí tienes. - Dijo Mallory mientras ofrecía un pequeño objeto blanco.

- Gracias. – Anunció tímido.

-De nada, Kellen. Que sigas bien. – Expresó con ternura.

- Adiós, profesora. – Soltó en un abrir y cerrar de ojos para luego irse.

Para su suerte, Mallory no sacó ni el más mínimo tema de conversación. Lo conocía bien. Las charlas le costaban mucho. Kellen notaba que, para la mayoría de las personas que no tenían su condición, podían ser un problema también. Estudiaba las conversaciones de los demás con delicadeza. Observaba como los individuos tendían a ponerse incómodos al momento de no encontrar temas subjetivamente relevantes que pudieran ser del agrado de su receptor. Así, luego de un largo silencio, sabía que alguno de los dos, generalmente, inventaría una excusa para retirarse.

Una gran cantidad de casilleros decoraba los costados del corredor. Eran de un color verde inglés. Estaba llegando a su salón cuando un sonido retumbó en todo el edificio.

Mañana. Segunda hora.
Clase de historia.

Nadie conocía el paradero de Kellen. Tampoco la razón del misterioso estruendo sobre la prestigiosa estructura. Los alumnos seguían sentados en sus pupitres pero, esta vez, frente al profesor de historia. Fremont Hemprich. El mismo había pisado la escuela medio minuto después de lo sucedido.

- Así que no se sabe dónde está Kellen. ¿Verdad? – Preguntó Fremont.

- Nadie de nosotros lo sabe. Kellen había ido a buscar una tiza para el profesor Bingham. – *narrativo* - Cuando el hecho sucedió, él todavía no había regresado al salón. El profesor salió desesperado en su búsqueda. - Respondió un joven situado en las filas del medio. Volker Wernicke.

- Esto es algo preocupante. – Dijo inquietamente el profesor. Brevemente, una voz se adueñó de los oídos de todos.

- **Alumnos y personal escolar, les rogamos permanecer en el sitio donde se encuentran. Por el momento, no se les ordena seguir ningún otro tipo de instrucción. Gracias.** – Dijo una fría voz proveniente del cuadrado metálico que se situaba a pocos centímetros del techo. El altavoz.

Todos se miraron las caras. La situación se tornaba todavía más extraña. El asunto del estruendo debía ser algo grave y, por alguna razón, nadie podía salir.

- Los chicos dijeron que fue algo parecido a una explosión. ¿Dónde? La escuela está compuesta por cuatro plantas. La planta baja corresponde a las aulas escolares. En la primera, se encuentran el teatro, el museo y la oficina del director. La segunda pertenece a la sala de profesores junto con la biblioteca y, en la tercera, sólo se encuentra el laboratorio. Las primeras plantas no parecen haber sido afectadas en gravedad, ya que el director pudo anunciar el mensaje desde su oficina. Todo debió suceder en alguno de los dos últimos pisos del edificio. La explosión y sus consecuencias. – Pensó Fremont con alma detectivesca.

Las hipótesis eran parcialmente ciertas. Acertó en lo de la “explosión”. Ésta se había originado en uno de los dos últimos pisos del establecimiento. Sin embar-

go, se equivocó respecto a la gravedad de las plantas. Toda la escuela estaba en peligro. Un hombre ajeno a la institución.



Zelig Sutermeister nació en Düsseldorf, ciudad alemana, un catorce de diciembre de 1915. Durante su infancia, fue un inquieto niño apasionado por la ciencia. Descubrió su vocación a la edad de seis años mientras planificaba una broma cuyo padre, que yacía dormido, sería la víctima. El pequeño no tuvo mejor idea que echarle aceite al agua que su padre utilizaba para hacerse un té todas las mañanas. De esta forma, según sus pensamientos, el aceite se mezclaría con el agua, su padre no lo notaría y terminaría escupiendo toda la sustancia. Sin embargo, esto no fue así. Al echar el aceite en agua, Zelig pudo notar como estos no se mezclaban. Hecho que lo fascinó provocando incontables experimentos posteriores.

“El agua y el aceite están compuestos por moléculas. Lo que sucede, en este caso, es que la fuerza de atracción entre las moléculas del mismo líquido es mayor a la fuerza con la que se atraen las moléculas de los líquidos distintos. Por esto, a pesar de que nos esforcemos mucho en agitar la botella para que el agua y el aceite se mezclen, al final terminan separándose.

El aceite flota en el agua porque tiene una densidad menor (significa que para la misma cantidad de aceite y agua, el aceite pesa menos). Los cuerpos más pesados siempre van hacia el fondo y los más ligeros hacia arriba. Los líquidos más pesados tienen mayor densidad y cuando se mezclan con líquidos menos densos, se van al fondo.”⁶

A los diecisiete años, paralelamente a la finalización de sus estudios secundarios, obtuvo una beca en la Universidad de Dortmund debido a sus altas calificaciones en la materia de fisicoquímica. Materia que había tenido durante tres años seguidos. Los últimos tres años escolares.

La vida facultativa al comienzo fue dura. Los días estuvieron destinados exclusivamente a las actividades académicas. Sus amigos le decían que era un “amargado” ya que, normalmente, Zelig respondía con negación a todos los ociosos planes que estos le proponían. Cada tanto aceptaba asistir a alguna que otra fiesta de la cual, anti-instintivamente, se volvía temprano. Su siguiente día ya estaba planificado. No podía permitirse levantarse muy tarde.

⁶ “Experimento – Mezclando Agua y Aceite”. En CienciaParaTi. Recuperado el 28 de Diciembre de 2015, de <http://cienciaparati.com/experimentos/porque-el-agua-y-el-aceite-no-semezclan/>

Seis años más tarde, en sus veintitrés años, obtuvo la Licenciatura en Ciencias Químicas. Un papel que le garantizó comenzar una etapa llena de desafíos. Lo que todos llamaban “el mundo real”.

“¿Dónde empezar?” Pregunta que lo atemorizó. Consultó con algunos de sus profesores pero, aun así, estos no lograron convencerlo. Múnich, Berlín o Rosstock. Lejos de todo lo que amaba.

Consiguió un empleo con buena paga en un pequeño laboratorio de la ciudad. El sueldo alcanzaba para satisfacer sus necesidades e, incluso, para ahorrar un poco. Dortmund.

“Dortmund es una ciudad de Alemania localizada en el estado federado de Renania del Norte - Westfalia. Está situada en la Región del Ruhr y es la octava más grande de Alemania con una población de 587.830 habitantes (30 de junio de 2005).”⁷

Con el paso de los años, pudo comprar su primera vivienda. Un decente departamento en el centro de la ciudad que compartió junto con su gato “Otto”.

Salía del trabajo a las seis de la tarde, volvía a su hogar para darle de comer al animal y, si algún amigo estaba disponible, acudían a un bar para tomar una cerveza. De lo contrario, se quedaba en casa escuchando alguno de sus tantos discos de vinilo.

En una de sus noches taberneras, Zelig conoció a una mujer llamada Francesca. Su amigo Egmont, un muchacho que había conocido en la universidad, lo hizo participar de una cita doble. Dos amigas del muchacho acababan de llegar a la ciudad ese mismo día. Por lo tanto, al ser dos y él sólo uno, Egmont no tuvo mejor idea que invitar a Zelig. El plan fue llevarlas a tomar una cerveza al “Beabdonx Bar”.

El lugar tenía unos grandes ventanales en el frente y estaba pintado de un color amarillento. Con frecuencia solía llenarse de jóvenes militares que venían a contar sus anécdotas de guerra o a maldecir a sus enemigos. El clima solía ponerse bastante tenso cuando existían opiniones diferentes.

Cada mes había alguna victima de disparos.

Sentados a la mesa, la conversación luchaba por fluir con naturalidad. Las visitantes (Francesca, profesora de matemáticas y doctora en la misma ciencia. Carlotta, científica) no dominaban mucho el alemán y ellos no hablaban italiano a la perfección. Un oriundo de Japón completaría las “potencias del eje”.

El gran sentido del humor de Egmont facilitaba mucho las cosas aunque, sin embargo, la cerveza fue la que se encargó de hacer casi todo el trabajo. Su colega trabajaba en un laboratorio al igual que él. Allí estaban desarrollando algo realmente potente. Un secreto nacional relacionado con el Uranio.

⁷ “Dortmund”. En Wikipedia. Recuperado el 29 de Enero de 2016, de <https://es.wikipedia.org/wiki/Dortmund>

De fondo, sonaban temas de swing y jazz. Muchos combatientes bailaban con sus novias intentando descansar un poco de las labores bélicas.

En un momento, Zelig y Francesca quedaron solos. Egmont había ido al baño y Carlotta se encontraba en la barra pidiendo otra cerveza “Winderberg”.

El muchacho no dejaba de temblar a raíz de no encontrar tema de conversación. Sería recordado como un hombre poco interesante. Francesca estaba igual de ansiosa. Muchas ganas de conversar, pero pocas ideas.

Encontró una extraordinaria pregunta en su cabeza. Decidió interrogar a la muchacha acerca de sus experiencias como docente y, para su suerte, a ella esto le encantó.

- *Es fantástico como esas personitas se van formando cada día más con lo que tú les enseñas. Incluso, si lo haces con emoción y dejas a los curiosos preguntar, puedes llegar a contagiar el interés que tienes en la materia o en un determinado tema.* – Dijo entusiasmada mezclando ambos idiomas.

Algo dentro de Zelig quedó al descubierto.

- *¿Qué tal sería enseñar todo lo que he aprendido?* – Pensó.

- *Imagino que debe ser bastante interesante. ¿Suelen darte problemas?* – Preguntó Zelig.

- *No sé cómo son los niños aquí pero, allá, en Italia, tenemos de todo un poco. Imagino que en todos lados es igual.* – sonriente - *¿A ti qué tal te sienta el trabajo? ¿Han descubierto algo nuevo?* – Dijo con interés.

- *No todavía, pero te aseguro que estamos cerca.* – Respondió brevemente.

Minutos más tarde, Carlotta llegó a la mesa y, segundos después, vino Egmont casi en sincronización. Los había visto desde la puerta del baño. No quería interrumpir. Para su suerte, Carlotta rompió el ambiente y él pudo llegar detrás.

La atmósfera volvió a ser nuevamente la misma. Chistes y anécdotas revolotearon sobre la mesa hasta que la mayoría de los ojos evidenció un deseo de terminar la velada. Pagaron la cuenta y se retiraron del lugar.

Pasaron cuatro días. Las visitantes ingresaron a un automóvil con destino a la tierra gobernada por Mussolini. Un viaje largo. Siete de la mañana. Acordaron que se escribirían. El amor se había ido pero había dejado algo a cambio. Una hermosa incertidumbre por la enseñanza que debía quedar en estado de pausa. Su país lo necesitaba.

Siguió, con extrema dificultad, su rutina hasta mediados de 1945 donde empezó a exigírsele demasiado trabajo por parte del gobierno británico. No pudo negarse. Sobre todo si quería permanecer en Alemania.

Egmont lo había abandonado varios meses atrás para nunca volver. Había escapado hacia suelo americano. Los que alguna vez habían sido enemigos, ahora le ofrecían refugio.

El laboratorio de Zelig se había encargado de fabricar medicamentos para las tropas y, menormente, para el resto de la sociedad. No fueron tildados de “peligrosos”. Ninguna pena cayó sobre ellos y el lugar continuó con su exigente nueva rutina hasta mediados de 1949.

Un quince de enero de ese mismo año, se levantó con las ideas frescas. Asistió al laboratorio como todas las mañanas y pidió hablar con su jefe. Solicitó renunciar y, para su sorpresa, después de comentar sus razones, el jefe del laboratorio aceptó. Nunca les significó un problema. Libertad. Arreglaron que Zelig seguiría trabajando medio tiempo en el lugar hasta que pudieran encontrar una persona que lo remplazara. Tarea difícil.

A la mañana siguiente, se acercó a la escuela (o lo que quedaba de ella) más cercana. Binghambrey. Solicitó hablar con el director con el objetivo de conseguir un puesto en el área docente de química. Lo recibió un hombre bastante viejo y de carácter amable. Su nombre era Albert Niebuhr y se encontraba ocupando el cargo mayor desde hacía más de veinte años.

- Me temo que a esta altura del año es complicado, licenciado. Los puestos, generalmente, se asignan dos meses antes del inicio de clases. – sonriente - De todas formas, y si usted no tiene problema, me quedaré con este currículum que me ha traído. Parece muy interesante. Lo tendré en cuenta. – reflexivo - Necesitamos reconstruirnos desde todos los caminos posibles. Física, psicológica y espiritualmente. Usted, desde luego, podría sernos útil. – Dijo Albert.

- Son tiempos difíciles, señor. Eso sin duda. – Comentó Zelig.

- En conclusión, en caso de ser necesitado, se le enviará una carta, aproximadamente, a finales de junio. Luego deberá presentarse a una entrevista personal y ahí es donde, finalmente, decidiremos qué hacer. – Soltó para luego reír.

Salió de la institución con una sonrisa. Las palabras del hombre habían generado esperanza. Una esperanza tan fuerte que logró que Zelig vea como innecesario al hecho de consultar en otras escuelas. Sintió que Albert le había garantizado el puesto con la mirada.

A comienzos de julio, una carta llegó a su puerta. Pensó que era de Francesca. Lo solicitaban para una entrevista en la escuela la semana entrante. La cara se le

iluminó y comenzó a dar saltos por todo su departamento. La oportunidad de ser profesor estaba frente a sus ojos. No sabía qué hacer. Intentó besar a Otto, pero éste casi le rasguña la cara. El gato estaba viejo y gruñón. Una mezcla de sentimientos volvía loco al hombre. Tuvo que calmarse y dejar que los días pasen.

- *Muy bien, Zelig. ¿Ha tenido experiencia previa como docente?* – Dijo Albert.

- *No, señor. He trabajado casi diez años en un laboratorio de aquí cerca. ¿No lo he puesto en mi currículum? Mil disculpas.* – Respondió nervioso.

- *Sí. Lo ha puesto. Tranquilo, muchacho. Tal vez, en alguna ocasión, dio clases particulares y demás.* – Comentó.

- *No, director.* – Dijo un poco más calmado.

- *¿Es un hombre paciente?* – Preguntó firmemente.

- *Así lo creo yo.* – Respondió Zelig.

- *¿Qué pasaría si toda la clase entendió un tema excepto por un sólo estudiante? ¿Volvería a explicárselo?* – Interrogó con curiosidad.

- *Obviamente, director. El ser humano es muy complejo. Tal vez usted entiende algo sobre un tema a la primera vez, mientras que yo no. Inversamente, podría pasar que entienda primero yo que usted si tratásemos un tema distinto.* – Comentó ansioso.

- *Podía haberse limitado a decir “sí” o “no”. Igualmente, está bien. Me gustan quienes justifican sus respuestas.* – sonriente - *Está contratado, Zelig. En menos de dos meses comenzarán sus clases. Bienvenido al equipo.* – Anunció para luego darle un apretón de manos a quien tenía en frente.

Años pasaron y Zelig llegó a ser considerado uno de los profesores más importantes del lugar. Desde el comienzo, había sido bien recibido y, tanto personal académico como estudiantes, no tardaron en encariñarse con él. Sus alumnos solían impactarse cuando éste les recomendaba llevar una linterna de bolsillo.

- *Ustedes se mueven con naturalidad por todas partes. Conocen perfectamente el estado y los límites de los ambientes que recorren. Cuatro de sus sentidos los ayudan. Dejemos al “gusto” de lado.* – sonriente - *Permítanme preguntarles algo. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, la ciudad quedara a oscuras?* – narrativo - *Les aseguro que no hay nada peor que*

la negrura misma. El oído se desespera buscando amenazas que la vista no puede detectar. El tacto, ansioso, roza los obstáculos que la visión dejaba al descubierto. Por último, el cerebro olvida al olfato concentrándose en mantener una calma respiración. – reflexivo - Una linterna les ahorra todo el sufrimiento. – Soltó.

Sus primeros grupos de estudiantes le hicieron fama en la escuela como “el loco de la linterna” y, lógicamente, cada nuevo conjunto que él recibía se moría por preguntarle por qué lo llamaban así.

Trabajó de corrido en Binghamby hasta la edad de sesenta y cinco años dictando clases apasionadamente. La mayoría de los alumnos se entristeció al recibir la fuerte noticia. Zelig abandonaba el colegio. El majestuoso profesor dejaría de ser visto por los pasillos.

Se encargó de dar una pequeña despedida a cada uno de sus grupos a fin del año escolar. Había dicho, e inventado, que dejaba la institución debido a problemas personales. Sin embargo, la verdadera razón era más cruda. Tras la muerte de Albert, hacía apenas dos años, la escuela había puesto un nuevo director llamado Stein Lohse. Un hombre joven, bastante frío y nada familiarizado con el lugar. Nadie supo de donde salió. Algunos rumoreaban que era un conocido de Albert.

Zelig no tuvo tiempo de simpatizar con él. Cada uno se ocupaba de desempeñar sus tareas. Raramente se encontraban por los pasillos. Un apretón de manos y un “¿cómo va todo?” era lo que les bastaba. No obstante, todo cambió cuando Stein citó personalmente a Zelig en su oficina.

- Buenas tardes, profesor. Siéntese. – acomodándose - Lo llamé para preguntarle si ha pensado en jubilarse. – fríamente - A su edad, imagino que deberá tener ganas. ¿Lo ha considerado? – Dijo Stein.

- Francamente, no. Amo lo que hago. – bromista - ¿Alguien quiere echarme o algo así? – Preguntó.

- Echar no sería, precisamente, la palabra. Creemos que sería interesante darle una oportunidad de ejercer la docencia a jóvenes entusiastas como alguna vez lo fueron muchos de los que hoy trabajan aquí. ¿Qué opina? - Manifestó esperando una respuesta que se apegara a sus pensamientos.

- Esta escuela ha sido mi vida. He trabajado aquí, aproximadamente, treinta y un años. Todos dicen que soy un profesor excelente. No veo la necesidad. - Respondió preocupado.

- *Tenemos que renovar el personal, profesor. Algunos dicen que, a veces, olvida sus clases en casa y tiene que improvisar.* – Comentó.

- *Sólo fueron unas pocas veces. Nunca he improvisado mal. Además, mis alumnos son excelentes.* – Dijo recuperando la seguridad.

- *Claro. Lo entiendo.* – apoyándose sobre el respaldo de su silla - *Por otro lado, aquí no queremos que esas cosas sucedan. No sé si es por su edad, o qué, pero, en pocas palabras, creemos que ya no está al nivel de Binghambrey.* – Dijo firmemente.

- *¿Me está despidiendo?* – Preguntó incómodo.

- *No lo tome así, Zelig. Ahora tendrá más tiempo libre. Se podrá relajar y demás.* – jugando con su bolígrafo - *Imagino que tendrá cosas que siempre ha querido hacer. Permítase descansar y gozar de su jubilación.* – algo nervioso - *Cerraremos el tema de su paga apenas termine el año. Seguro le daremos un bono extra por todo el tiempo aportado a la institución.* – Comentó a modo de cierre.

**¿Qué quería ese loco? ¿Por qué había regresado a Binghambrey?
¿Cómo pasó desapercibido y logró llegar hasta el laboratorio?
¿Qué fue lo que provocó el ruido?**

Ese día, Zelig se encontraba tomando un paseo de mañana. Había ido a hacer las compras, como de costumbre, cuando recordó lo mucho que pasó desde la última vez que tomó el camino que lo llevaba por el colegio. Un triste recuerdo lograba opacar miles felices.

- *Mejor ahorrarse las feas sensaciones.* – Dijo para sí mismo.

La edad, y su incansable auto-psicoanálisis, lo hicieron creerse más débil anímicamente. Solía estudiar excesivamente sus emociones llegando, más de una vez, a conclusiones erróneas. Le costaba entender que, en ciertas ocasiones, “dejarse llevar” podía ser la mejor opción.

Una lucha interna llegó a su fin para levantar la mano del participante menos pensado. El deseo fue más fuerte que la razón. Decidió que tomaría el camino a la vuelta. Binghambrey.

- *Un día cada tanto no me hará mucho daño.* – Pensó.

Recogió sus bolsas y pagó la suma indicada por el hombre del almacén. Un cajero que estaba cansado de verlo. El sujeto no entendía como Zelig no se enfermaba. Compraba siempre lo mismo. Todos los días.

- *¿No es más fácil comprar una mayor cantidad y desligarse, por unos días, del almacén?*
- Meditó el cobrador.

Luego de unas cuadas, llegó donde su corazón quería estar. Miles de cosas pasaron por su cabeza. Recuerdos revolotearon en su mente simulando una fiesta de mariposas. Tuvo una idea interesante.

- *¿Y si entro a saludar?* - Razonó.

Varios de sus ex-colegas posiblemente seguían trabajando en el lugar. No estarían tan viejos. Además, el paseo escolar tendría un plus. Recorrer algunos pasillos y contemplar las bellas aulas. Lo pensó dos veces.

Los afiches que pegaban los niños para las exposiciones escolares parecían ser lo único que había cambiado. Los miraba sonriente desde el recibidor. Ni siquiera había pasado un lustro.

- *Zelig*, - impactado - *¿qué haces por aquí? No te he visto en años.* - Dijo alguien.

- *¡Ulbrecht!* - sorprendido - *¿Cómo estás?! He venido de visita.* - Respondió.

Se conocieron en 1960. Año antes de aparecer un famoso muro berlinés. Alto, delgado y con pocos pelos en la cabeza. Oriundo y ciudadano de Essen.

El sistema ferroviario lo acompañaba de lunes a viernes. Treinta y siete kilómetros de separación. Ida y vuelta. Cincuenta años. Veinticuatro como portero.

- *Bien.* - emocionado - *Qué alegría verte. Me preguntaba qué había sido de ti.* - bromeando - *¿Te encerraste como un viejo asqueroso?* - Interrogó.

- *Ya sabes cómo fue todo ese asunto con Stein.* - incómodo - *Me dejó devastado. Creo que le rompería la cara si lo tuviera en frente ahora mismo.* - cambiando el tono - *No creas que me he olvidado de ti. Varias veces pensé en invitarte a desayunar pero, siempre, yo mismo me ponía excusas.* - inseguro - *Tenía que venir hasta aquí para contactarte y no sé si me encontraba preparado.* - sorprendido - *¿Te vas tan temprano?* - Dijo mientras veía como el hombre guardaba sus cosas en una mochila.

- *Sí.* - sonriente - *Sólo vine a dejar unas instrucciones. Tengo que ir al centro de Dortmund. Estamos por vender la casa y necesito revisar algunos papeles en la inmobiliaria.*

Queremos comprar una vivienda por el mismo precio, sólo que un poco más cerca. – mirando su reloj - Mi suplente llegará en cualquier momento. - bromista - Por cierto, pudiste haberme esperado en la estación de trenes para invitarme el desayuno. – Comentó.

- Juro que no lo había pensado. Tienes razón. – oportunista - ¿Qué haces los fines de semana? – Preguntó ansioso.

- El sábado es “el día Ulbrecht”. – dogmático – Nadie puede molestarme. Cuestiones de espacio personal. – sonriente - Por otro lado, el domingo es para mi familia. Ahí pueden taladrarme la cabeza sin problemas. – indiferente - No me gusta salir mucho durante esos días. – cómico – Seguramente, te hubiese pedido que vinieras tú. ¿Sabes lo harto que me tienen los trenes? – Anunció.

- Ya lo creo. – Dijo empático.

- Perdona. – confuso - ¿A quién era que venias a visitar? – Preguntó.

- A la escuela. – deseoso – Planeaba darme una vuelta por la sala de profesores. Tal vez encuentre a alguien interesante. Además, recorrer los pasillos podría serme terapéutico. ¿Tú crees que pueda? – Consultó casi desafiante.

- Generalmente, todas las visitas son informadas a Stein. – dubitativo - ¿Crees que te diga algo? – mirando su escritorio - Mejor déjame preguntarle. Podríamos ahorrarnos un problema. – tomando el teléfono - Perdona por adaptarme al protocolo contigo. No quiero perder mi empleo. – Respondió con inseguridad.

- Tranquilo, Ulbrecht. Me parece bien. – Dijo firme.

Escuchó atentamente la negociación.

- ¿Director Stein? – sumiso - Perdona que lo interrumpa. Lo tengo aquí al profesor Zelig. – guiñando un ojo al visitante - ¿Se acuerda de él? – Preguntó.

Se hizo un breve silencio.

- Exacto. Ha venido a visitar la escuela. ¿Lo dejo pasar? – Interrogó ansioso.

La pausa volvió nuevamente.

- *Bien. Gracias, director.* – sonriente - *Ya mismo le digo. Adiós.* – Soltó para luego colgar el aparato.

Se levantó de su silla y se dirigió hacia Zelig. Su rostro evidenció el resultado de la petición.

- *Dice Stein que no tiene problema en que te des una vuelta por el colegio. Incluso, dijo que le encantaría que fueras a visitarlo.* – bromista - *¿Recuerdas dónde está la oficina del director?* – Anunció sonriente.

- *Gracias, Ulbrecht. Iré a visitarlo justo ahora. Primero lo más desagradable.* – fríamente - *No quería verle la cara a este tipo otra vez. Dejaré lo mejor para el final* – Respondió.

- *Tranquilo.* – sonriendo - *Serán sólo unos minutos. Seguro toman un café. Siempre está ocupado.* – cómico - *Si pasan juntos más de un cuarto de hora, yo mismo te compro un regalo.* – Comentó.

- *Tu sentido del humor sigue intacto, Ulbrecht. Por cierto, ¿no se te hace tarde?* – Preguntó a modo de recordatorio.

- *Cierto.* – agarrándose la cabeza - *Casi lo olvido.* – persuasivo - *¿Prometes pasarte por aquí otra vez?* – bloqueando una respuesta - *No tenemos una charla en años. Las mañanas en la escuela pueden volverse un poco aburridas.* – Anunció ansioso.

- *¿Qué tal si me llamas por teléfono y me avisas qué día te conviene que venga?* – tras ver un gesto de negación - *¿Todavía sigues sin comprar uno?* - Interrogó.

- *Ya me conoces, Zelig. Los teléfonos son muy molestos. Sobre todo cuando se utilizan por aburrimiento. La gente se pone muy pesada* – planificador - *Los martes y viernes son los días más tranquilos. Cualquiera está bien.* – Dijo alegre.

- *Genial. Haré el intento de pisar nuevamente el lugar.* – Comentó.

Se despidieron con un cordial abrazo y cada uno se dispuso a tomar su rumbo. Los oídos de Zelig escucharon, en la corta distancia, cómo Ulbrecht finalizaba su salida. Se preparó para caminar hasta el mismo lugar que aquella vez. Ese lugar partícipe de uno de los momentos más incómodos de toda su vida.

Recorrió lentamente un extenso pasillo. Paralelamente, contempló las aulas. De manera increíble, nadie le devolvió la mirada. Clases majestuosas se desarrollaban en cada salón. Algo que a él le encantaba ver.

Subió por una escalera. Llegó a la primera planta. Desde allí, se veía un letrero. “Oficina del director”. La ira lo llevó hasta la puerta. Tocó dos veces. Escuchó una silla moverse.

- *¿Quién es?* – Preguntó alguien.

- *Un viejo amigo. Zelig Sutermeister.* – Dijo mientras pensó en partirle la cara de un golpe a quien se asomase.

- *Espéreme. En seguida salgo* – Comentó una voz.

Además de tener la facultad de ser un excelente profesor, tenía otro talento. El hombre era un admirable actor. Podía ocultar ciertas emociones cuando se lo proponía como objetivo.

Se escuchó un gruñido metálico. El espacio reservado para la puerta mostró a su pesadilla diaria. Stein Lohse.

- *¿Cómo le va?* – sonriente - *Tanto tiempo.* – moviendo su mano en señal de avance - *Conversemos un rato.* – Dijo el hombre que vestía de camisa y corbata.

- *Permiso.* – Respondió intentando ser cortés.

- *Por supuesto.* – apoyando una mano sobre la espalda de su oyente - *Primero los modales. ¿Verdad?* - señalando un objeto situado cerca de la pared - *Tome esa silla y tráigala aquí. Tengo preparado café.* – amablemente - *¿Solo o con leche?* – Dijo.

- *Con leche por favor. Necesito alivianarlo un poco. Recuerde que estoy viejo.* – Comentó para luego reír.

- *Para nada, amigo. Todavía le quedan muchos años por vivir.* – simulando enfado - *No bromea con eso.* – curioso - *Por cierto, me dijeron que andaba de visita por la escuela. ¿Puedo saber qué lo impulsó a venir? Me intriga.* – Anunció expectante.

- *Salí de paseo y, tras caminar un rato, me topé con la institución.* – recorriendo el lugar con la mirada - *Me pareció buena idea pasar a saludar.* – Respondió.

- *Me parece bien. Después de todo, ésta es como su segunda casa.* – fingiendo - *Me da mucho gusto verlo.* – incómodo- *Espero no me tenga rencor debido a nuestro último episodio. Sabemos que fue por el bien de la institución.* – Soltó torpemente.

- *Para nada, hombre. Sin rencores.* – Comentó con una sonrisa.

- *Así me gusta, Zelig.* – relajado - *Es un hombre estupendo. ¿Sabe? Cualquiera con su fanatismo por enseñar creo que ya me hubiese matado.* – Dijo mientras repartía las tazas.

- *Director, no diga esas cosas. ¿Por qué no cambiamos de tema?* – pensante - *¿Cómo va la escuela?* – Preguntó con intriga.

- *Como siempre, mi querido amigo. Papeles por aquí, papeles por allá, organizar los fondos, etc. Creo que lo llevo bien.* – narrativo - *Han entrado nuevos profesores estos últimos años. Unos chicos increíbles. Tenemos a una chica que se graduó con honores de la Universidad de Dortmund.* – adulador - *Adivine a quién me hace acordar.* – Dijo mirando a su acompañante con complicidad.

- *Ni me lo recuerde.* – jugando con las palabras - *¿Han ingresado para cubrir nuevas asignaturas?* – Interrogó.

- *Para sustituir a otros que ya estaban en edad o condición de jubilarse. Es difícil hablar con ellos. Les cuesta entender esa situación de renovación y oportunidad.* – Dijo queriendo mostrar empatía.

- *Ya veo.* - Respondió fríamente.

- *De todas formas, no se preocupe. Tienen una excelente jubilación y demás. No les falta nada.* – Comentó persuasivamente.

- *Comer es importante. Tener algo que hacer, creo yo, es igual de relevante. El cuerpo se endurece cuando no hay motivo para levantarse.* – Dijo sigilosamente desafiante.

- *Exacto.* – siguiendo el tema - *¿Usted, Zelig? ¿Qué hace para divertirse?* - Preguntó.

- *Leo y escribo. También me gusta salir a caminar. No es mucho, pero ayuda a distraerse.* – Expresó para luego soplar su café.

- *¿Vio, Zelig? Le dije que encontraría algo para entretenerse.* – Comentó con tranquilidad.

- *Todavía sigo intentándolo.* – Dijo incómodo.

- *Patrañas.* – intentando conservar su integridad mental - *De seguro es un buen es-*

critor. Algún día tráigame alguna de sus historias. – sonriente - *Hasta podríamos ponerlas en la biblioteca* – Soltó.

- *Le agradezco la oferta.* – Anunció cortésmente.

- *No hay de qué. Para nosotros no es problema alguno. Imagine a esos chicos haciéndose fanáticos de sus textos. ¿No le gustaría?* – Preguntó con ánimo.

- *Me plantearé la situación.* – Comentó.

- *Genial. Usted sólo tráigalas cuando estén listas.* – incómodo - *Si no le molesta, debo seguir trabajando.* – sonriente - *Me ha encantado que venga. Me alegra que ambos nos encontremos bien.* - Expresó a modo de cierre.

- *No hay problema.* – mirando su café a medio terminar - *¿Podría pedirle un favor?*
– nervioso - *¿Me dejaría visitar el laboratorio por última vez? Hace tiempo no lo veo.*
– Soltó ansioso.

- *¿Ahora?* – Preguntó sorprendido.

- *Cuando vuelva de realizar las compras.* – Dijo impaciente.

- *¿Y esas bolsas?* – Preguntó mirando los dos pequeños globos de nailon que colgaban de una mano.

- *Esto es sólo una parte. Me faltan algunas cosas.* – Expresó simulando hartazgo.

- *Está bien.* – sonriente - *Solamente porque es usted. Pase por mi oficina cuando termine. Tendré listas las llaves. Avisaré al portero que usted vendrá.* – Soltó.

- *Gracias, director.* – nostálgico - *Tantos años no se olvidan fácilmente. Serán unos pocos minutos. Prometo que no tardaré más.* – Expresó obsecuente.

- *No hay problema. Yo me pondré a trabajar mientras usted hace sus compras.* –tomándose de la puerta - *Nos veremos en un rato.* – Dijo fríamente.

- *Así será, Stein.* – en un apretón de manos – *Hasta luego.* – Comentó.

- *Adiós, profesor.* – Dijo accidentalmente.

La casa era antigua. Tenía dos plantas. El gastado color crema de las paredes combinaba perfecto con el amplio jardín. Tejas rojas y bordo adornaban el techo. Las tormentas se habían encargado de romper algunas y él todavía no había planificado cuándo cambiarlas.

Se dirigió a su habitación y miró debajo de su cama. Sacó una mediana caja de zapatos que al abrirse mostró un pequeño objeto de metal. La pistola era una “Walther P38” que había obtenido durante sus años de servicio. Tomó algunas balas que se encontraban en el cajón de la mesita de luz.

A unas cuadras, el enemigo se encontraba analizando una propuesta que trataba la inserción de una nueva materia para el año próximo. Filosofía.

“El filósofo, por su parte, es un individuo que busca el saber por el saber mismo, sin un fin pragmático. Se mueve por la curiosidad e indaga acerca de los últimos fundamentos de la realidad. Más allá del desarrollo de la filosofía como disciplina, el acto de filosofar es intrínseco a la condición humana. No es un saber concreto, sino una actitud natural del hombre en relación al universo y a su propio ser.”⁸

Se había hecho un segundo café. Podía tomarse entre diez y quince tazas al día. Algo completamente perjudicial para su organismo. Su médico de cabecera, año atrás, le rogó que empezara a moderarse.

La asignatura parecía prometer avances. Reforzaría la forma de pensar de los alumnos. Abriría muchas cabezas.

Dos golpes lo desconcertaron. Alguien lo buscaba.

- *Ya voy.* – Dijo apurado.

La cara de Zelig apareció bajo el marco.

- *Increíble, amigo. Sí que has hecho rápido.* – Comentó Stein.

- *La ansiedad me aceleró.* – Dijo sonriente.

- *Deme un segundo.* – Soltó inquieto.

Se sumergió en su oficina. Abrió el segundo cajón del escritorio. Ruidos de todo tipo se escucharon mientras el hombre se concentró en revolver. En breve, un sonido metálico confesó su localización. Las llaves iban acompañadas de un pequeño rectángulo de cartón que las identificaba como “Laboratorio escolar”.

⁸ “Definición de Filosofía”. En <http://definicion.de>. Recuperado el 02 de Marzo de 2017, de <http://definicion.de/filosofia/>

- *Aquí tiene.* – tontamente - *¿Sabe cómo llegar?* – Preguntó.
- *Perfectamente.* – Dijo conteniendo el sarcasmo.
- *Genial.* – señalando las llaves - *Cuando termine, por favor, recuerde regresármelas.*
- incómodo - *¿Podría, Zelig?* – Interrogó.
- *En efecto, director.* – Respondió con una sonrisa.

Se acomodó en el robusto asiento. Permaneció pensativo unos instantes. Algo en el hombre llamó su atención. Su mente recorría, paralelamente, incontables laberintos neuronales.

- *Déjate de estupideces, Stein.* – Expresó irritado.

Cuatro años atrás, lo usaban como depósito. Afiches tirados en el suelo, maquetas destruidas y algo de escenografía. El museo, pensó, estaría igual que siempre. Durante su docencia, propuso realizar numerosos concursos escolares. Premiar la investigación y dedicación con un espacio en esas estanterías. Motivarlos a descubrir sus capacidades. Obtener el reconocimiento de sus pares. Hacerse un poco más cultos. Todo quedó en un sueño.

Llegó al segundo piso. Contempló la sala de profesores. Lugar donde había compartido innumerables conversaciones. Amaba las discusiones y los debates. Amagó a entrar, pero cualquier habitante le quitaría tiempo. Tenía que escapar lo antes posible. Recordó cómo, más de una vez, el inmenso tráfico convertía dicha puerta en un adorno.

El interior se vislumbraba a través del vidrio de la rectangular configuración. Su ansiedad lo invitó a pasar. Se puso cómodo y cerró los ojos. Un simple cacho de madera con cuatro patas. Un lugar que exigió diarios esfuerzos.

Se inclinaba para tomar vuelo. Nave de incontables dolores de espalda. Conducía con los brazos cruzados. Festejaba un viaje que los alumnos tenían prohibido hacer. Pensamientos bailaban con alegría. Cayó la pistola.



- ¿Sí? – Dijo Fremont.
- Profesor, perdone. Olvide preguntarle. – *curioso* - ¿Qué pasará con Kellen y el señor Bingham? – Interrogó un alumno. Volker Wernicke.

- No lo sé. Hemos recibido la orden de permanecer en nuestros respectivos sitios. – *firmemente* - Ustedes están bajo mi responsabilidad. Por el momento, dejaremos que el tiempo nos dé la respuesta. – *incómodo* - Sigamos con la clase – Soltó.

- Seguro Kellen ha sido abducido por alienígenas. Yo creo que se llevarán muy bien. Ambos son seres raros. – Bromeó un alumno situado al fondo. Vilhelm Vorgrimler.

El muchacho solía “golpear” psicológicamente a Kellen cada vez que lo llamaba “retardado”. Su nombre aparecía con frecuencia en el cuaderno.

- Ya que posee una gran dote de imaginación, señor Vorgrimler, – *furioso* - ¿por qué no imagina qué es lo que está pasando aquí en la escuela? – *desafiante* - ¿O prefiere descubrirlo? Puedo dejar salir a uno de mis estudiantes con la excusa de que se encontraba en el baño. – *mirándolo fijamente* - ¿Desea salir? ¿O prefiere dejar de molestar? – Dijo Fremont.

- Perdón, profesor. Era sólo una broma. No volverá a suceder. – Respondió simulando arrepentimiento.

El altavoz interrumpió nuevamente.

- Atención. Se ruega bajar las persianas y cerrar todo tipo de abertura que dé al exterior y los pasillos. En instantes, explicaremos la situación. Tienen diez minutos. Muchas gracias. – Dijo la caja metálica.

El semblante de la duda mutó a un inanimado silencio.

- Tranquilos todos. Simplemente hagamos lo que nos dicen y todo estará bien. – *persuasivo* – Ahora, por favor, ayúdenme con esto. – Expresó el docente.

Simultáneamente, se pusieron de pie. Los demás salones se unían a la orquesta. Quinientas personas tocando variados instrumentos. Bullicio molesto. Nadie aplaudió.

- ¿Qué estará pasando? – *mirando a sus compañeros* - ¿No les parece un tanto extraño? – Dijo Jarvia.

- Demasiado. – Dijo Frederick Müller.

- Habrá explotado algo y no querrán que inhalamos el humo. – Soltó Bernadette Oppenheim.

- ¿Por qué entonces no salir por las ventanas? Se solucionaría todo. – Agregó Jarvia.

- ¿Y si es para buscar a Kellen? Querrán que no se escape de la escuela. – Dijo Leonard.

- ¿Y cuál es el sentido, entonces, de cerrar las aberturas que dan a los pasillos? – Preguntó Volker.

- Para tenerlo acorralado. – Respondió Leonard defendiendo su teoría.

- Eso no tiene tanto sentido. No está tan loco como para escaparse. Además, ¿qué hay de la explosión? – Interrogó detectivescamente Bernadette.

- ¡Niños! – *alterado* – ¡Por favor! Dejen de sacar conclusiones. Las cosas, seguramente, ya están siendo solucionadas. – *persuasivo* - En cualquier momento nos dirán que todo está bien. Sigamos la clase. – Dijo Fremont.

Enmudecidos a nivel sonoro. Parlanchines a nivel mental.

“La ‘Segunda Guerra Mundial’ superó, claramente, a la primera, tanto por la duración y la intensidad de los combates como por las pérdidas humanas y los recursos que se utilizaron. Participaron setenta y dos estados. Fueron movilizados ciento diez millones de hombres. El coste económico de la guerra fue cuantiosísimo y hubo más de cuarenta millones de muertos.

Japón, Europa y el norte de China quedaron devastados. Su equipamiento industrial, ferroviario, portuario y viario quedó muy maltrecho. Además, la ‘Segunda Guerra Mundial’ tuvo una extensión realmente mundial, ya que se combatió en casi todos los continentes (Europa, Asia, África y Oceanía) y en todos los océanos.

En el terreno armamentístico, las grandes potencias enfrentadas perfeccionaron y pusieron a punto instrumentos de ataque suficientemente terribles como para destruir a toda la humanidad. La aparición de las grandes unidades blindadas, la utilización de los submarinos, de los portaaviones, de los misiles antiaéreos, del radar y de la aviación como recurso habitual para el transporte de tropas y para los bombardeos sobre la población civil, hicieron de este conflicto una verdadera carrera hacia la destrucción.

Finalmente, la explosión de la primera bomba nuclear marcó un hito en la historia del miedo atómico al demostrar que era posible destruir la humanidad.”⁹

- La “bomba de Hiroshima”. – Comentó Volker.
- Exactamente. Luego, tres días después, tiraron la de Nagasaki. – Agregó Fremont.
- Es una atrocidad. – Expresó Leonard con incomodidad.
- Lo es. De hecho, el presidente de Estados Unidos se justificó diciendo que lo hicieron para acabar con la agonía de la guerra y para salvar la vida de miles de estadounidenses. – Soltó Fremont.
- ¿Usted qué opina de la “Segunda Guerra”, profesor? – Dijo Geert.
- Para empezar, no estoy a favor de ningún bando. – *analítico* – Todos, seguramente, cometieron atrocidades. La “Segunda Guerra Mundial”, al igual que la primera, fue uno de los mayores errores que cometió la humanidad. – *reflexivo*
- Sin embargo, muy poco se aprendió. Todavía seguimos matándonos entre nosotros. Intereses económicos, políticos y religiosos. Ambición y fanatismo desmedido. Algo que, lastimosamente, el ser humano, tal vez, nunca pueda controlar. – *pensante* – Miles de soldados con la orden de asesinar a cualquier cosa que vista los colores enemigos. Sicarios del Estado que defienden intereses de los cuales, seguramente, nunca han escuchado hablar. Dirigentes que esos pobres jóvenes, más que claro, nunca han visto en su vida. Mejor, directamente, subidos presidentes a un ring. – *deseoso* – Si, tan sólo, entre soldados pudieran conocerse... Descubrir ese falso e injustificado odio... Soltarían las armas y tomarían los naipes. – Expresó con orgullo.

No podía creerlo. Comenzaban a aplaudir.

- No me pidan más opiniones. Comienzo a darme cuerda yo solo. – *sonriente* – Sigamos por favor. – Dijo Fremont.

- Atención. Me dirijo nuevamente a ustedes. Ante todo, se agradece su colaboración. Han obedecido como es debido.

En un previo comunicado, les mencioné que serían informados del hecho que está sucediendo. Intentaré ser lo más breve posible.

⁹ “La segunda guerra mundial (1939-1945)”. En Historias y Biografías HB. Recuperado el 30 de Enero de 2016, de http://historiaybiografias.com/guerras2_1/

Mi nombre es Zelig Sutermeister. Profesor de química retirado. Más de uno ha tenido el placer de conocerme. A los nuevos, los saludo con alegría. Espero todos podamos llevarnos bien.

Su director está muerto. El ruido que han escuchado es aquel que se obtiene tras impactar con un cráneo humano. Una simple bala. Yo mismo lo maté.

Lo primero que se les ordenó fue que no se movieran de su lugar. Necesitaba ganar un poco de tiempo. Tiempo que me tomé para preparar una sorpresa. Un derivado de una toxina conocida como “ricina”.

Este obtenido, para que tengan una idea, pasa desapercibido donde, en términos simples, “el tipo de aire” es, mayormente, uno sólo. Si esto no se respeta, nuestro derivado se vuelve altamente toxico para cualquiera que lo inhale provocando la muerte en pocos minutos. En resumen, no deben abrir puertas ni ventanas. Nada que dé al exterior. Entraría mucho “aire distinto” y, conociendo las consecuencias, imaginó no desear eso.

Respecto a los pasillos, no se preocupen. Pueden abrir las aberturas que dan a los mismos. Era simplemente para que no me vieran mientras esparcía el producto. Cuestiones de integridad física.

Por último, les recomiendo no salir de sus respectivos salones. No jueguen con su suerte. Corté los cables de todos los teléfonos y apagué las luces. Encenderlas queda a criterio de cada uno.

Desde ya, les agradezco por su atención. Aguarden futuras instrucciones. – Anunció el altavoz.



Un cuarto de hora y una muerte no serían suficientes. Sabía que podía hacerlo mejor. Solterón, viejo y sin familia. Arriesgaría hasta el último pelotón con tal de dominar la guerra por unos momentos. Su vida.

Paseó por el laboratorio luchando por encontrar al impulsor de un plan macabro. Estanterías llenas experimentos. Cajones llenos de instrumental.

Se mordía los labios. Manos temblorosas por la ansiedad. Semillas de ricino.

La conquista de la base enemiga era fundamental para el éxito. La máquina de control haría casi todo el trabajo. Un micrófono con salida a los altavoces.

El olor lo acompañó en sus primeros escalones. Llamó a la puerta con una leve agresividad.

- *¿Qué pasó, Zelig?* – Anunció Stein sorprendido.

- *¿Desde cuándo se permite experimentar con animales vivos en el laboratorio?* – indignado - *¿No le parece una vergüenza?* - Interrogó furioso.

- *No hay ningún animal vivo en el laboratorio. La escuela no permite cosas así.* – Respondió con total negación.

- *Entonces, ¿cómo puede explicarme lo que acabo de ver?* – Soltó con frialdad.

Copió la incomodidad de Zelig a lo largo de todo el camino. No hablaron en un sólo escalón. Escena de película. Watson y Holmes. Tercer piso.

El director hizo los honores. Se adentraron rápidamente en el lugar. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer. El café se enfriaba.

- *¿Y ese humo?* – desconcertado - *¿Qué está haciendo?* – Dijo exhausto.

- *Adiós, Stein.* – Anunció inanimado.

El proyectil impactó en la frente. Las rodillas se flexionaron dejando caer el resto del cuerpo al suelo. Sus ojos salientes, acompañados de unos labios ligeramente torcidos, parecían evidenciar el deseo de unas últimas palabras. Una explicación.

Empezó a descender con velocidad. Tenía que calmar a sus prisioneros. Las balas no alcanzaban, pero sobraba el miedo y la sensación de poder.

Paralelamente, una ínfima cantidad de cabezas, deseosas de respuestas, se había asomado en la planta baja. Expectantes.

Imitó a su víctima lo mejor que pudo. El respaldo de la silla le robaba un poco de su sudor. Primera vez que mataba un hombre. Última ocasión que visitaba Binghambrey.

- *Algún profesor seguramente las ha traído para entretener a sus alumnos.* – convencido - *Tema totalmente merecedor de una clase.* – fríamente - *Arbusto poseedor del bien y el mal.* – Comentó para sí mismo.



La campana escolar sonó anunciando el receso seguida del altavoz.

- **Alumnos y personal no-docente, hacer el favor de quedarse en sus respectivas aulas o habitaciones. Los profesores deberán dirigirse a su próxima clase. Se recuerda, a todos los habitantes, manifestar un comportamiento adecuado. Disfruten su recreo. Gracias por la atención.** – Dijo el objeto situado en la pared.

Mañana. Tercera hora.
Clase de matemáticas.

El ambiente no cambiaba de panorama. Habían estado hablando por más de diez minutos. Se sentían indefensos sin la presencia de un mayor. El profesor correspondiente a la hora de matemáticas, Cort Ehrlich, ni siquiera se había asomado por la puerta.

- Yo opino que salgamos si no queremos morir. – Dijo estrepitosamente Vilhelm.

- Si serás tonto, Vil. – *enfadado* - ¿No oíste lo que podría pasarnos tras abrir alguna abertura? Moriríamos. – *angustiado* - Por el momento, sólo podemos garantizar nuestra vida quedándonos aquí dentro. – Comentó Manfred Schultz.

- Tonto tú. – *desafiante* - ¿Cómo sabes que aquí dentro no moriremos? – Preguntó Vilhelm.

- La posibilidad de morir al salir es de un cien por cien. Quedarse aquí es la mejor opción. – Respondió Manfred con agudeza.

Un chirrido paralizó a todo el salón.

- Perdonen la tardanza. Me he encontrado al profesor Bingham en el pasillo. Se detuvo un momento para explicarme una situación muy preocupante. La desaparición de Kellen. – Dijo Cort nervioso.

- ¿No podían conversar aquí? Es más seguro después de todo. Nos asustó mucho su ausencia. – Soltó Manfred.

- Tuvimos que hacerlo en un punto intermedio. Si alguno de los dos se alejaba demasiado, luego podría ser riesgoso volver. – Respondió alterado.

- ¿Cómo se encuentra el profesor Bingham? – Preguntó Geert.

- Se encuentra bien. – *recomponiéndose* – Ahora está con otra clase. Me contó que, al momento de la explosión, salió en busca de Kellen temiendo que le hubiese pasado algo. – *mirando a la clase* – Increíblemente, lo vio. Estaba a unos

pocos metros de este salón. Bingham supo que el ruido significó un disparo. Por eso intentó llamar a Kellen con gestos y no levantar la voz. – Comentó ansioso.

- Pero no volvieron. Algo pasó. – Dijo Jarvia.

- Kellen se encontraba arrodillado. Tapaba sus oídos con la palma de sus manos. Estaba alterado. – *narrativo* - Entonces, el profesor Bingham, como les dije hace instantes, empezó a llamarlo. – *inquieto* – Sin embargo, se ve que fue un poco agresivo en sus movimientos. Kellen salió corriendo. – Expresó Cort.

“Estás demasiado grande para esta clase”.

- El profesor comenzó a perseguirlo inmediatamente. No podía permitirle quedarse solo. – *apenado* – Poco más tarde, Bingham comenzó a sentirse extremadamente agitado y se detuvo en un baño a tomar un poco de agua. Permaneció escondido allí hasta hace unos minutos. – *asombrándose* – No se imaginan el susto que tenía. – Comentó incómodo.

- Tal vez a Kellen lo atrapó el psicópata. – Dijo Leonard buscando la risa, que para su desgracia no encontró, de sus compañeros.

- ¡Sr. Furtwängler! – *furioso* - ¿¡Qué lo hace tener tantas ganas de molestar!? Estamos intentando permanecer calmos ante una situación muy peligrosa y con esa actitud usted no está ayudando en nada. – *fírmemente* – Ya tenemos suficientes problemas. – Exclamó el profesor.

- Sólo decía. – Respondió avergonzado Leonard.

- “Sólo decía”. – Dijo Cort en tono de burla.

- Con todo respeto, profesor, no me burle. – Soltó ofendido.

- ¡Y usted no agrande el problema, Sr. Furtwängler! Sus compañeros y yo se lo agradeceríamos mucho. – Expresó con rabia.

La masa se autodestruía reforzando la dominación.

“La angustia es un estado afectivo de carácter penoso que se caracteriza por aparecer como reacción ante un peligro desconocido o impresión. Suele estar acompañado por intenso malestar psicológico y por pequeñas alteraciones en el organismo, tales como elevación del ritmo cardíaco, temblores, sudoración excesiva, sensación de opresión en

el pecho o de falta de aire (de hecho, ‘angustia’ se refiere a ‘angostamiento’). En el sentido y uso vulgares, se lo hace equivalente a ansiedad extrema o miedo.”¹⁰

Revisaba los ficheros de la oficina. Los cajones estaban separados alfabéticamente. Algunos, además, incluían colores para distinguir. Había revuelto media habitación. Un plano de la escuela tirado en el suelo.

Intentó relajarse. Tomó una tiza azul. Caminó unos pasos hacia el pizarrón. Escribió una palabra. Miradas confusas intentaron descifrar las intenciones del hombre. Una pregunta de carácter casi rutinario.

- ¿Supervivencia? – Soltó Volker.

- Será mejor que analicemos algunas cosas en vez de quedarnos sentados mirándonos las caras largas o hablando idioteces. – *buscando firmeza* – Al igual que en toda situación que se nos presenta habitualmente, nosotros poseemos ventajas y desventajas. No necesariamente éstas tienen que estar equilibradas. Lo normal es que unas superen a las otras. – *mirando a Leonard* - ¿Alguien podría decirme qué desventajas poseemos ante esta persona? – Expresó Cort con liderazgo.

- Es un ex profesor de química. – *completando* – Conocerá muy bien el potencial y los diferentes usos que tienen los elementos del laboratorio. – Comentó analíticamente.

- Lamentablemente cierto, Sr. Fazdeht. – *buscando con la mirada* - ¿Quién más? – Preguntó Cort.

- Creo que tengo una. – *insegura* - Lo más probable, es que el hombre tenga un plan en mente. Incluso, tal vez, tenga otra sustancia o algún tipo de defensa contra nosotros si es que supone un posible ataque. – Soltó Orlantha Klausen.

- Cierto. Una pistola como mínimo. – *cambiando el rumbo de la conversación* - Muy bien. Ahora analicemos nuestras ventajas. – Dijo Cort fríamente.

- Nosotros somos jóvenes y él viejo. Tenemos más fuerza. – Expresó Geert.

- Bien, Sr. Diermissen. ¿Qué más? – Preguntó el profesor.

¹⁰ “Angustia”. En Wikipedia. Recuperado el 22 de Enero de 2016, de <https://es.wikipedia.org/wiki/Angustia>

- Lo superamos increíblemente en número. – Dijo Roger.
- Excelente, Sr. Feigenbaum. – *entusiasmado* - Esa es muy buena. ¿Alguna otra?
– Interrogó.
- No hay otra. Esas son nuestras únicas ventajas. – Dijo Jarvia con decepción.
- ¿Está segura que no hay otra? - *mirándola* - Ante estas situaciones, el noventa por ciento de los humanos olvida sus diferencias y se dispone a cooperar entre sí. Esa sería nuestra mayor ventaja si lográramos cumplirla. – Soltó Cort fervorosamente.

El altavoz volvió a transmitir. Mismo tono. Mayor frialdad.

- Se informa que en veinte minutos corresponderá el cambio de hora. Profesores, favor de llegar a tiempo a sus correspondientes aulas. Cualquier actividad sospechosa o fuera de lugar será colectivamente castigada. – Dijo el rectángulo metálico.

- Creo que algo lo hizo enojar. – Soltó Volker incómodo.
- No lo sé. Espero no tenga que ver con Kellen. – *preocupado* - ¿Dónde mierda estará metido? – Expresó Cort.

Quedaron pensantes por un largo rato. Fue una de las pocas veces que la palabra “mierda” no se le denunciaba a un profesor. Ya no eran docentes y alumnos. Eran simplemente humanos que intentaban sobrevivir.

- ¿Habrá escapado antes de que se cierre todo el colegio? – Preguntó Jarvia.
- No lo creo. Kellen suele apegarse mucho a las instrucciones. – *incitante* - ¿Recuerdan qué dijo el altavoz por primera vez? – Comentó Cort.
- Que no salgamos de nuestros respectivos lugares. – Anunció una voz al fondo incapaz de distinguirse su emisor.
- Exactamente. Después tuvimos que cerrar todo. – *desesperanzado* – Lo veo muy poco probable. – Soltó con lamento el profesor.
- Tal vez todo esto sea una mentira. Nos quiere encerrar diciendo que algo tóxico puede matarnos en caso de querer escapar. – Dijo Vilhelm.

- Podría ser. – *analítico* - Aun así, no lo creo. Zelig cursó una carrera de ciencias y trabajó en un laboratorio por casi diez años. Ninguno de nosotros sabe qué clase de sustancias manipuló allí. Imaginen lo que pasaría si esto no es un montaje. Una masacre. Yo y todos ustedes muertos. – Soltó Cort con firmeza.

El timbre sonó. El profesor recogió sus cosas y se marchó sin despedirse. La revolución lo acompañó. El ambiente renovó su tenacidad en una abrir y cerrar de ojos.

Mañana. Cuarta hora. **Clase de psicología.**

Había tenido el admirable coraje para acercarse a la guarida del psicópata durante el cambio de hora. Pensó que sus conocimientos en psicología eran suficientes para calmar al hombre y hacerlo abandonar sus terribles fines por voluntad propia.

Subió las escaleras. Se acercó al tétrico lugar. Sus pasos iban acompañados de un olor similar al del plástico quemado. Primer piso.

Parada frente a la puerta, dudó de su próxima acción hasta que, finalmente, golpeó. No estaba allí. Se encontraba rondando por los pasillos de la biblioteca. Buscaba un libro con contenidos de toxicología.

“La toxicología es una rama de la medicina que se ocupa del estudio y los efectos que sobre el organismo ostentan las sustancias tóxicas. Formalmente, a éstas se las conoce como ‘xenobióticos’ y consisten en compuestos que disponen de una estructura química que en la naturaleza no existe o no es habitual. Básicamente, porque se trata de compuestos que, oportunamente, fueron sintetizados en laboratorios por el hombre.”¹¹

Decenas de estanterías, mesas y sillas llenaban el lugar. Libros de todos los niveles en incontables ramas del saber. Buena forma de prepararlos para la universidad. Disposición de satisfacer a los curiosos.

Estudiantes se reunían allí con frecuencia. Incluso, durante los recreos, los jóvenes disfrutaban silenciosamente de algún que otro juego de cartas.

La bibliotecaria no estaba ese día. Habían dejado el lugar abierto para cualquiera que lo necesitase. Desde pequeños se les enseñaba el sistema de los libros. Cada ejemplar poseía, en la parte de atrás, un pequeño sobre que, a su vez, contenía una tarjeta de papel. Así, cada vez que se retiraba un libro, los estudiantes rellenaban esta tarjeta indicando nombre, apellido, curso y fecha. Finalmente, la pequeña cartulina debía depositarse en una cajita común. Así se conocía quien tenía cada ejemplar y cuándo se lo había llevado.

Pasos interrumpieron su investigación. El encuentro no estaba dentro de sus planes. Sintió que se encontraba en desventaja. El arma había quedado en la oficina. No sabía cuántos eran. Tampoco sus intenciones.

¹¹ “Definición de Toxicología”. En DefinicionABC. Recuperado el 23 de Enero de 2016, de <http://www.definicionabc.com/salud/toxicologia.php>

Quitó rápidamente las dos bombillas situadas en la lámpara principal del lugar. Un objeto metálico golpeó contra el suelo. Un abrochador. Había evidenciado su paradero.

Quedó petrificada por unos instantes. Intuía que era él. Respiró profundo y siguió caminando lentamente hacia la biblioteca.

- ¿Está ahí, Zelig? – *temblando* - Solamente quiero conversar un rato. – Expresó una voz femenina con temor.

Los designios del enemigo parecían claros. Sin embargo, la mujer continuó acercándose. Mostrarse como alguien inofensivo, según sus pensamientos, podría derivar en un mejor resultado.

- Vengo con buenas intenciones. – *incómoda* - Sola y desarmada. – Soltó intentando mantener la calma.

Se consideró, a sí mismo, un estúpido. Dejar el arma en su guarida fue un total error. Ya era tarde. No se dejaría persuadir. Las palabras entraron por un oído y salieron por el otro. Se encontraba en posición de ataque tras un escritorio a tan sólo unos pocos metros de la puerta. Debía exterminar cualquier tipo de amenaza.

Senta Singer. Joven orgullosa de sí misma. Veintiséis años. Licenciada en psicología. Los engranajes de la mente humana la apasionaron entrada la adolescencia. Vivía escuchando los conflictos de sus amigas. Amaba dar consejos e intentar comprender las situaciones. Cada vida, un rompecabezas. Todos con solución. Voluntad y paciencia.

Terminó sus estudios secundarios en una pequeña escuela de Berlín para luego recorrer los laberintos del psicoanálisis en la Universidad de Dortmund. Tardó seis años en completar su carrera. Graduada con honores. Intachable conducta y excelentes promedios.

Dos meses más tarde, con ayuda de sus padres, pudo abrir su propio consultorio. Una pequeña casita en la ciudad que exigía un cómodo alquiler. Algo perfecto para empezar.

Las dimensiones que ofrecía el lugar, exceptuando el baño y la cocina, fueron destinadas al espacio de trabajo. Su primer horario iba desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. Descansaba una hora y, posteriormente, continuaba atendiendo hasta eso de las seis.

Tras cumplirse su primer año como profesional, comenzó a sentir que algo le faltaba. Pasar el día tratando problemas ajenos no estaba mal, pero, por otra

parte, sentía que también necesitaba moverse e interactuar con otros perfiles. Cambiar un poco de aire.

Empezó a cerrar el consultorio más temprano. Quería tener suficiente tiempo para pensar. El dinero no era un problema. Cobraba barato, a comparación de sus colegas, pero, de todas formas, el resultado no era nada malo. Vivía y dejaba vivir.

Un día, mientras leía el periódico, decidió revisar, como era habitual, la sección de los clasificados. Sentía curiosidad por los distintos tipos de trabajo que podrían llegar a existir. Algunos eran muy raros. Inimaginables.

Uno en particular, y no tan extraño, llamó su atención. Un puesto para profesora de psicología en la escuela Binghambrey.



- *Dígame, Senta.* – curioso - *¿Por qué desea trabajar aquí?* – Dijo Stein.

- *Me resulta interesante la oferta.* – levemente nerviosa – *Además, creo que tengo paciencia para enseñar.* – Comentó.

- *Seguro que sí.* – sonriente - *¿Ha trabajado anteriormente en algún lugar?* - Preguntó fingiendo interés.

- *Tengo un consultorio en el centro de la ciudad. Lo he puesto con ayuda de mis padres hace poco más de un año.* – Soltó incómoda.

- *Fantástico.* – observando el currículum de su invitada – *¿Graduada con honores en Dortmund eh?* – sorprendido - *Debió haber costado.* – Comentó amigablemente.

- *Sí.* – risueña - *No fue nada fácil.* – Expresó orgullosa.

- *¿Sabe qué? Le daremos una oportunidad.* – Comentó Stein.

- *¿En serio?* – anonadada - *¿No va a preguntarme nada más?* – llevándose las manos a la cabeza - *No sé qué decir.* – Respondió atónita.

- *Su currículum ha hablado por usted.* – sonriente – *Ahora sólo queda que usted nos sorprenda.* – Dijo simulando confianza.

- *Lo intentaré.* – Comentó entusiasmada.

- *Recuerde que dentro de unos días la llamaremos para cerrar todo este asunto.* – Anunció Stein firmemente.

- *Estaré esperando ansiosa.* – Soltó.

El director se levantó de su silla y Senta procedió a imitarlo. La acompañó hasta la puerta y se saludaron con un incómodo beso en la mejilla. El hombre también amagó por un abrazo.



Enseñaba de mañana y atendía pacientes por la tarde. Equilibrio entre pasiones.

- Voy a entrar, Zelig. – *temblando* - Confíe en mí. Yo confiaré en usted. – Dijo luchando por mantener la calma.

Colocó su mano sobre el interruptor buscando una luz que no existía. Intentó correr, pero Zelig ya estaba sobre ella. Razonó que, por meras cuestiones de fuerza física, no enviarían a una mujer al frente. Tampoco tendrían tan poco corazón como para utilizar a Senta de carnada. La valiente muchacha se encontraría realmente sola.

Las suplicas no sirvieron. Tapó su boca ahogándola en un grito de desesperación. Sus piernas se agitaron descontroladamente golpeando la masa de aire. Incontables puñetazos. Un cuerpo que se apagó.

Cerró la puerta, esquivó lo que quedaba de la mujer y volvió a sumergirse entre las estanterías. Tardó unos minutos en encontrar el libro que necesitaba. Lo revisó algunas veces hasta cerciorarse de no haberse equivocado. No era seguro leerlo allí.

Utilizar su linterna sumaría otro fallo. Rozaba las paredes con la yema de sus dedos mientras se movía por el pasillo con precisión militar. No estaban claros los papeles de presa y cazador. Respiraba entrecortado. Cerraba los ojos incluso siendo abrazado por una tétrica oscuridad. Agudizaba sus sentidos. Luchaba por mantener la calma. Llegaba al primer piso.

- ¿Qué quieres que piense entonces? – Interrogó furioso Arnold Kofman.

- No está muerta. - *llorando* - Deja de decir eso. – Respondió Jarvia.

- ¿No? – *desafiante* - ¿Y dónde está? – Soltó el muchacho.

- A lo mejor se escondió. No lo sé. – Comentó Jarvia angustiadamente.
- Exacto. – *burlón* - Debe estar jugando a las escondidas con Kellen. Tranquilos.
- Dijo Vilhelm intentando disimular su miedo.
- Eres un inmaduro. – Expresó Jarvia mientras se secaba los ojos.
- ¡Basta! – *furioso* – Parece mentira. Peleándonos en los momentos más inoportunos. – *analítico* - Es verdad que la profesora no ha aparecido en todo lo que va de la clase, pero Kellen, sin embargo, no da rastros desde el fin de la primera hora. – Anunció Geert.
- Mírenlo. Preocupado por Kellen. No sabía que era tu amigo, Diermissen. – Dijo Arnold.
- No es mi amigo. – *intentando lucirse ante los matones* - Tampoco estoy preocupado por él. Sólo mencioné que está desaparecido desde hace horas. – Soltó desafiante.
- Lo que sea. – *inseguro* - A nadie le importa. Es un bueno para nada. – Comentó Arnold a modo de conclusión.

Ahí estaba. Sentado en la silla de su víctima con los músculos faciales completamente estáticos. Ojos que se concentraban en un punto fijo de la pared.

*“El ‘quedarse en blanco’ y con la mirada perdida en un punto fijo sin saber el ‘cómo’ y ‘por qué’, significa estados de aparente inconsciencia conocidos, popularmente, como ‘estar en babia’. Estos pueden ocurrir en nuestra mente por dos motivos. Uno de ellos suele ocurrir en momentos de gran aburrimiento, en periodos en los que no pensamos en nada o no estamos haciendo nada. Nuestra mente busca salir de ese aburrimiento simplemente desconectándose. El otro se da cuando tenemos demasiado ocupada nuestra mente con un problema, proyecto o idea que tenemos que resolver. Nuestro cerebro se abstrae del mundo exterior para intentar buscar una solución en un estado más sosegado.”*¹²

- Han roto las reglas. – Pensó Zelig.

¹² “¿Por qué las personas a veces se quedan mirando fijo a un punto estando en mente en blanco?”. En Yahoo Respuestas. Recuperado el 23 de Enero de 2016, de <https://ar.answers.yahoo.com/question/index?qid=20110316140214AAZ4qQy>

No había planificado una sanción. Creyó tener a todos lo suficientemente mortificados a nivel mental. El sistema de control había fallado. Tenía que pensar algo rápido. Un castigo atemorizante. Algo que pudiera paralizar al ser más desafiante. El tiempo y el creciente aferró a la vida hacían a las presas más fuertes. Cazadores. Líderes.

- Una hora y diez minutos. – Dijo el captor mirando su reloj.

Terminaría el turno matutino. Los padres vendrían a recoger a sus hijos y la situación empezaría a desestabilizarse.

El altavoz volvió a sonar.

- Esta vez tendremos un cambio de hora levemente distinto. Alumnos, favor de quedarse en sus aulas. Profesores, favor de reunirse en la sala de teatro. - *fríamente* - Cualquier actividad sospechosa será colectivamente castigada. Esperen la campana. Gracias. – Dijo la caja grisácea.

6

Mañana. Quinta hora. **Clase final.**

Miraba hacia el ojo de la cerradura. Boquete negro. Había dejado el corredor a oscuras para identificar, a través de la luz, la llegada de sus rehenes. Los tendría cara a cara. Los pilares del orden y la tranquilidad.

Una doble puerta de madera barnizada escondía la sala de teatro. Lugar donde pequeños espectadores gozaban de espectáculos propios de los colegiales más grandes. Obras situadas en un viejo escenario que lograban relegar las tareas escolares tanto a nivel físico como mental. Artistas eventuales. Alumnos.

Recordó las Fiestas Patrias. Dos actos correspondientes a cada turno escolar, divididos por nivel académico. Primaria y secundaria. Un profesor acompañaba a cada curso. Guardianes del silencio que, junto con alguno de los directivos, regañaban a los charlatanes. Incluso, más de una vez, los mismos oradores interrumpían sus discursos para humillar públicamente a cualquier gracioso detectado visual o auditivamente. Se empezaba con unas pocas palabras, a modo de introducción, para luego cantar conjuntamente el himno nacional. Corazones inflados de lealtad que abrían las puertas de un evento repleto de variedad. Representaciones, discursos, bailes y canciones. Alemania.

El ojo seguía negro.

- ¿Por qué no vienen? – *furioso* - ¿Querrán rebelarse? – *desestabilizándose* – No puedo permitirlo. El tiempo se acaba. Debo poner las cosas en su lugar. – Expresó nervioso para sí mismo.

El miedo recayó atrozmente sobre su creador. Se vio cada vez más atrapado en su propio juego. Imaginó a su bunker convirtiéndose en una jaula. Tenían todo el derecho del mundo y él lo sabía. Sintió sus miradas de odio por todas partes. Cada uno de los prisioneros de su locura.

Una gota de sudor cayó sobre su mano alejándolo de la demencia. Perder la guerra sería una vergüenza. Tenía que resistir un poco más. El triunfo no estaba tan lejos.

- ¡Ni se les ocurra acercarse a mi oficina, mugrosos! – *firmente* - ¿Se creen más listos que yo? – *desafiante* - Tengo suficientes balas como para matarlos a todos. Niños y adultos. – *fríamente* - ¿Eso es lo que quieren? ¿Qué los alumnos paguen por los errores de sus docentes? – *fuera de sí* – Los quiero a todos en fi-

la frente a la sala de teatro. Tienen cinco minutos. De lo contrario, empezará a correr sangre. – Anunció el objeto metálico.

- Los van a matar. Quieren salvarnos. – Dijo Bernadette llorando.

- Cálmense un poco por favor. Están empeorando las cosas – Soltó Leonard.

- Deberíamos ayudarlos. Tal vez los profesores no puedan detenerlo solos. – Dijo desesperadamente un alumno situado al fondo. Dagobert Weigand.

- ¿Estás loco, Dagobert? ¿Y qué te maten también a ti? – Expresó Jarvia nerviosa.

- Jarvia, por favor, cálmate. Nadie irá a ningún lado. – Dijo Volker.

- ¿Ahora te crees el dueño del aula, Wernicke? – *furioso* - Tú no eres nadie para decirnos qué hacer. – Comentó Vilhelm.

- No seas idiota, Vilhelm. ¿En serio piensas que sumergirte en esos pasillos es buena idea? – *burlón* - Pensaba que tenías un poco de cerebro. – Soltó Volker.

- Cállate, idiota. – *desafiante* - ¿Quieres que te golpee? - Interrogó mientras amagaba a salir de su silla.

- Parecen dos niños. – *preocupada* - ¿Creen que es momento de pelear? Ya cállense. – Ordenó Orlantha.

El resto del salón estaba ido. El miedo había vencido cualquier deseo de discusión o rebelión. Pequeños grupos de contención se distribuían a lo largo y ancho del aula. Una colección de amistades. Parecían prepararse para morir. Visualizaron el último tramo de ese día. De su vida.

- Aún no he hecho todo lo que quería. – Pensó tristemente Jarvia.

- Mierda. Soy demasiado joven. – *lamentándose* - Yo quería morir de viejo. – Expresó internamente Geert.

- ¿Por qué a mí? – *furioso* - Maldito loco. Vete y déjanos a todos en paz. Matate tú si quieres. – Meditó Manfred.

Miró nuevamente el indicador. El tiempo se había cumplido y no había variaciones de color en el hueco. Se sintió a prueba. Creerían poder ganar terreno y, así,

acabar con el enemigo de manera heroica. Dos bandos preparados para pelear fríamente en un campo de batalla de cuatro plantas. Una guerra tan real como cualquier otra. “La Conflagración de Binghambrey”.

Se debilitaban sus planes. Dolor de cabeza.

- ¡Prendan la luz, imbéciles! – Dijo mirando hacia la puerta.

De repente, una bala agujereó la entrada del bunker y paseó por todo el pasillo. La imaginación de cada soldado construyó historias a velocidades abismales. No estaba bromeando. Se acomodó en su escritorio y repuso el proyectil gastado. Abrió el libro de toxicología. El miedo regalaba unos minutos.

- ¿Qué hacemos ahora? – *nerviosa* - Está comenzando a disparar. – Susurró Gretchen Merian. Profesora de geografía.

- Quedémonos aquí. – *analítico* - Si se decide a bajar, le será difícil vernos. Lo tomaríamos perfectamente por la espalda. - Murmuró Cort.

- Estoy de acuerdo con Ehrlich. – Cuchicheó Bingham.

- Todo esto es una locura. – *buscando complicidad* - ¿Están seguros de que eso funcionará? Tengo mis dudas. – Susurró preocupada una voz femenina.

- No sé qué otras opciones tengamos. – Dijo Cort en voz baja.

- ¿Kellen sigue sin aparecer? – Murmuró otra voz.

- Algunos intentamos buscarlo vertiginosamente durante los cambios de hora. Sin embargo, no hubo caso. – *nervioso* - Tampoco podemos arriesgarnos mucho. Aquí abajo hay centenas de alumnos que proteger. – *esperanzado* - Confío en que está muy bien escondido. – Musitó Bingham.

- ¿Y el reciente disparo? ¿No habrá tenido que ver con él? - Dijo Fremont.

- Yo creo que fue para asustar. – *incómodo* – Espero no equivocarme. – *fírmemente* - Recuerden hablar en voz baja. Somos demasiadas personas. – *analítico* – Deberíamos hacer una cosa. – Susurró Cort.

- ¿Qué? – Bisbiseó una voz en la oscuridad.

- Toda esta planta, por el momento, está parcialmente segura. – *estratega* – Ne-

cesito que, aproximadamente, cuatro personas se queden conmigo detrás de la escalera sólo por sí fuese necesario atacar. Actualmente, dada nuestra cantidad, sobresalimos del hueco quedando expuestos al plomo. – *fírmemente* – Los demás, reúnan a todos los cursos en unas pocas aulas. Los alumnos estarán más concentrados y habrá más docentes por salón para defenderlos. – Expresó en voz baja.

- Yo tengo dos linternas. Están en el armario de mi salón. – Murmuró una voz masculina.

- Tráigalas por favor. – Soltó Fremont sigilosamente.

Se habían reunido. El hueco que los acogía era utilizado para almacenar las prendas de vestir extraviadas por los colegiales. Cuatro leñosos percheros. Cort se había apresurado en llegar al pie de la escalinata con la esperanza de poder frenarlos a todos. Su corazón, acertadamente, le dijo que la cosa no terminaría bien. Zelig planeaba un fusilamiento. Matar al líder destruiría a la manada entera.

Comenzaron a distribuirse por toda la planta baja. El plan estaba en marcha. Gretchen, Fremont y Cort, junto a otros dos profesores, quedaron bajo la escalera. Una linterna para los cinco.

- Recuerden que nosotros, los profesores, atacamos primero. – *intentando mantener la calma* - Ustedes deberán hacerlo sólo en caso de ser estrictamente necesario. Defiendan a sus compañeros. – Dijo Garin Frei. Profesor de inglés.

- ¿Tienes la linterna, Burke? – Preguntó un joven en la negrura.

- Sí. – Respondió brevemente un muchacho. Burke Fother.

- Recuerda que, en caso de abrirse la puerta, tienes que direccionar la linterna inmediatamente. – Comentó Garin.

- Entendido. – Soltó nerviosamente Burke.

Se mimetizaron con el ambiente. Jugadas preparadas sobre el tablero de cuatro niveles. Estaban dispuestos a sacrificar algunas piezas. Todo por el “jaque mate”. El libro de toxicología seguía abierto. Ojos acompañados de una sonrisa. Miró su reloj. Veinticinco minutos para el fin del turno mañana. Veinticinco minutos para vencer.

- Espero puedan atraparlo. – Dijo Bernadette temblando.
- Posiblemente lo hagan. – *esperanzado* – Son cinco contra uno. – Comentó Geert.
- Tiene una pistola. – Agregó Volker con frialdad.
- No podrá apuntar a todos al mismo tiempo. – Soltó Geert incómodo.
- Si es buen tirador, además de tener una pistola rápida, podría salirse con la suya. – *nervioso* – Esperemos que no. – Anunció Volker.
- Basta. – Dijo Jarvia furiosa.

Escuchó la perilla moverse. Posible intento de asalto. Acción inútil. El acceso al bunker estaba cerrado con llave. Tomó el arma y decidió no darle una segunda oportunidad al intruso. Posicionó firme su mano izquierda y disparó dos veces hacia el rectángulo de madera.

- ¡Aléjense, imbéciles! – Vociferó.
- Niños, recuerden el plan. – *temblando* - Estaremos con ustedes hasta el último suspiro. – Dijo Henrio. Profesor de literatura.

Arrimó una vieja estantería junto a la puerta con el objetivo de frenar cualquier posible arremetida. Recargó su pistola. Faltaban veinte minutos. Nerviosismo.

- **¿Se seguirán arriesgando así? No se los recomiendo. – *fríamente* – Llenaré el pasillo de cuerpos si es necesario. – *furioso* - ¡Me están colmando la paciencia!**
- Dijo el altoparlante.

Una sustancia de carácter gaseoso logró invadir las tierras enemigas a través de una fina manguera introducida por el ojo de la cerradura.

- ¡Maldito hijo de puta! – Gritó Zelig.

El proyectil salió rozando la perilla. Algo golpeó el suelo del otro lado. Ya era tarde para arrepentirse. La situación escapaba de su control y el ejército enemigo se haría con él tarde o temprano. La tortura, además, era un gusto que no iba a permitirles. Colocó el arma en su boca y ajustó el ángulo. Descanso eterno.

Kellen.

Mientras escapaba de las garras de Bingham, optó por esconderse en uno de los sitios más inhabitados de la primera planta. Un aseo femenino que se encontraba alejado de la mayoría de los salones. Hazaña para casi todo hombre. Lo alquiló, más de una vez, con cada una de sus lágrimas. Región libre de bravucones. Sonaba el altavoz. Aprovechó para sacar su pequeño cuaderno.

AGRESOR	CANTIDAD DE VECES QUE ME AGREDIÓ	RAZÓN
PROFESOR BINGHAM.	3	ME PERDÍ EN LA LECTURA.

Los humanos se utilizaban unos a los otros como objetos de descarga. Constantes batallas físicas y psicológicas. La verdadera 'Primera Guerra Mundial' jamás había terminado y su origen, posiblemente, era tan remoto como el surgir de la raza misma. Armamento y regulaciones, mutaban cada siglo. Civilización.

¿PUEDE GENERARME MALESTARES
OTRA VEZ?

SÍ. HASTA QUE VUELVA LA
PROFESORA EIGNER.

Adelina se encontraba atravesando el quinto mes de embarazo. Tenían una buena relación. Pertenecía a la minoría de docentes que el joven apreciaba. Sabía que Kellen disfrutaba muchísimo de la literatura. Lo notó desde el primer año que lo tuvo como alumno.

¿ME HA GOLPEADO?

NO. TAMPOCO LO HARÁ.

Tenían estrictamente prohibido golpear a un alumno. Los responsables de dicho acto serían expulsados de la institución y sancionados a nivel nacional.

VENGANZA

Faltaba el último ítem cuando unos pasos se hicieron notar en el pasillo. Dudó de las barreras sociales de Bingham, dado que la situación podría ameritar romper algunas reglas de género. Tenía que encontrarlo.

Decidió meterse al primer habitáculo que advirtió. Situó sus pies sobre la tapa del retrete. Las manos, por su parte, parecían sostener las pálidas y plásticas paredes laterales. Minutos de inmovilidad. Falsa alarma.

Se movía con nerviosismo. Salones a puerta abierta. Volteaba tímidamente su cabeza en cada oportunidad. Llegó al pie de la escalera. Decenas de tallas ornamentales trazadas sobre el roble. Cien años de antigüedad como mínimo. Subió. Allí, aparecieron tres posibles escondites; siendo que uno optó por hablar. Zelig.

- *Toda la escuela me está buscando.* – Pensó nervioso.

Diferentes títulos, tamaños y colores. Tapa dura y blanda. Muchísimas ramas del saber concentradas en un sólo lugar. Un piso más arriba lo había recibido lleno de miedo. El espacio se encontraba vacío. La biblioteca.

Inteligentemente se inclinó por seguir el juego. El sitio podría llamar la atención si éste era el único a contracorriente. Cerró el acceso principal para luego continuar con las pesadas persianas. Tardarían un poco más en aparecerse por allí.

Tropezó con un par de puertas. Un armario destinado a libros en reparación. El olor le resultaba algo extraño. Páginas amarillentas por doquier. Oxidación de la lignina. La estresante huida lo había agitado de tal forma que ni las incomodidades físicas del refugio impidieron su descansar. Un mundo interno donde alcanzaba notables picos de felicidad. Tres escondites en cadena. Paz.



Tocaba la guitarra cuando, de repente, una muchacha apareció y se sentó junto a él. Llevaba un vestido de flores. Tenía cabello rubio y ojos café.

- *¡Tocas muy bien eh!* – curiosa - *¿Cómo te llamas?* – *Expresó admirando el rasgueo involuntario de su acompañante.*

- *Gracias.* – con regocijo - *Me llamo Kellen Spengler.* – tímidamente - *¿Tú también tocas?* – *Preguntó.*

- *No. Aún no he tenido la dicha.* – Dijo de forma pícara.

- *Aquí tienes.* – extendiendo el instrumento – *Las cuerdas superiores son las más graves, mientras que las bajas suenan de manera más aguda.* – concentrado – *Las divisiones internas del mástil se llaman ‘trastes’ y sirven para...* - *Comentó sin terminar.*

- ¡Ey! Estaba segura de que también preguntarías por mi nombre. – Soltó entre risas.
- ¿Cómo te llamas? – Interrogó casi obligado.
- Emma. – ilusionada - ¿Te gustaría ir a caminar? – Expresó.
- Está bien. – Comentó tras una breve meditación.

El sendero se perdía en la distancia. Abedules acompañaban armoniosamente los costados. El viento los saludaba de frente y cada tanto se escuchaba el canto de alguna codorniz. La propuesta había resultado interesante. No vendría mal estirar un poco las piernas.

- ¿De qué te gustaría trabajar cuando seas mayor? – Preguntó Emma con curiosidad.
- Me gusta escribir. También los animales. – Manifestó convencido.
- Bella combinación. – Soltó la muchacha.
- La arqueología es otra posibilidad. – Agregó.

Piernas rodeadas por pétalos se detuvieron para invitar a otras dos cubiertas en una clara tela de jean. De reojo, la miró confuso. Intensa mezcla de emociones. Ósculo.



Se incorporó cuidadosamente. Sonaba el altavoz. Transición anímica. El segundo piso albergaba a otra persona. Mallory Milch, suministradora de la tiza, nunca había abandonado la sala de profesores. Dos puertas aseguradas no eran suficientes para hacerla sentir segura. Sollozaba en el baño. Meditó sobre volver al aula, pero concluyó en que tanto el viaje como el destino no eran garantes de su integridad física. Eligió quedarse en el armario. Otra persona protegida por dos puertas.

“La visualización guiada consiste en el uso consciente de la imaginación para crear imágenes positivas (‘visualizaciones curativas’) a fin de provocar cambios saludables en el cuerpo y en la mente. Para la mayoría de las personas, crear imágenes mentales no es nada nuevo. Todos sueñan despiertos, tal vez con ropa nueva o con ganarse la lotería. La visualización guiada lleva este proceso natural más lejos. Al trabajar con un terapeuta capacitado o mediante el uso de cintas auditivas especiales, puede aprender a comunicarse más eficientemente con el inconsciente y hacer que

el cuerpo funcione de manera óptima y saludable.”¹³

La campana escolar anunció el receso para luego ser seguida del altavoz, el cual indicó las reglas del cambio de hora.

No demostró emoción alguna. Se concentraba en Hoffnung. Un pastor alemán.



Había faltado a la escuela. Se encontraba sentado a la mesa junto a sus padres para desayunar. Té, pan blanco, queso y algún que otro huevo pasado por agua. Nueve de la mañana.

- *¿Qué harás en tu cumpleaños, Kel?* – Expresó Dietlinde.

La mujer tenía treinta y cuatro años. Se habían conocido con Kiefer en una multitudinaria y descontracturada fiesta universitaria. Licenciada en Ciencias Jurídicas.

- *No lo sé. Supongo que me entretendré con mis juguetes.* – Soltó despreocupado.

- *¿No tienes ganas de visitar algún lugar?* - Interrogó Kiefer persuasivamente.

- *¿Cuál?* – Dijo Kellen con curiosidad.

- *Tú eres el que cumple siete años. Elige.* – Comentó Dietlinde.

- *¿Podemos ir a casa de la abuela?* - Expresó ansioso el niño.

- *La abuela dijo que vendría mañana.* – dudoso – *No sé si podrá vernos hoy.* – mirando a su esposa - *¿Dónde era que iba tu madre?* – Preguntó Kiefer.

- *Mamá tenía que quedarse a recibir una entrega. Un nuevo colchón.* – sonriente – *No creo que le moleste nuestra presencia. La llamaré para avisar.* – Soltó festiva.

La mujer vivía en la ciudad de Schwerte. Tenía sesenta y ocho años, pero aparentaba poco más de cincuenta. Andaba de aquí para allá. Realizaba toda actividad que se cruzase por su cabeza. Desde tejer un sweater hasta reparar el tejado. Luchaba contra el tiempo.

¹³ “Visualización Guiada” En Fibromialgia. Recuperado el 26 de Enero de 2016, de http://www.fibromialgiamexico.com/s_seccion503/html/elementocan2.php?Clave_Elemento=177&N=0

- *Se sentía culpable por no poder venir hoy.* – satisfecha - *Le dimos un alivio.* – Comentó Dietlinde.

Miraba por la ventana trasera del escarabajo verde inglés. Admiraba la arquitectura de algunos edificios. Fachadas góticas, carolingias, renacentistas y barrocas. El vehículo se movía sobre las arterias de cemento. Lloviznaba.

- *¿Qué harás con el nuevo juguete, Kel?* – Preguntó Kiefer.

- *Jugaré en casa de la abuela.* – Respondió ausente.

Una bolsa repleta de soldaditos plásticos bailaba sobre sus piernas. Había todo tipo de rangos y posiciones. Verdes y marrones. Alimento para la imaginación. Disfrutaba mucho de la soledad. Socializaba lo justo y necesario. El encierro era su mundo. Una habitación que ordenaba basándose en las propiedades de los objetos que habitaban en ella. Algunas veces por color, otras por tamaño. El río Ruhr los acompañaba. Arboledas de fondo completaban el paisaje. Los rayos del sol, escapando de las grises nubes, pegaban de lleno sobre el capot del verdoso automóvil.

- *Extrañaba estos lugares.* – Comentó Dietlinde con anhelo.

- *Te acompaño en el sentimiento, Diet. El trabajo quita demasiado tiempo. No sé qué haríamos sin tu madre.* – Soltó Kiefer incómodo.

- *Últimamente ha venido siempre ella.* – con culpa - *Nos salva siempre que no podemos estar en casa durante la tarde. Deberíamos comprarle algo.* – Dijo la mujer.

- *¿Quieres pasar por alguna tienda?* - Expresó Kiefer.

- *Hoy no. Es el cumpleaños del niño.* – estrategia - *Compremos algo en Dortmund esta semana. Se lo entregaremos la próxima vez que venga a cuidar a Kel.* – Soltó empática.

Algo se atravesó en el camino. Maniobró lo más rápido que pudo y la frenada viajó hasta los oídos de todo aquel que se encontrase a varios centenares de metros. Reposaba su cabeza sobre el volante. Rozaba las sienes con la palma de sus manos, mientras intentaba bajar su corazón a través de la garganta. Escalofrío. Maravilloso cinturón de seguridad.

- *Ese perro casi nos mata.* – Comentó nerviosamente el hombre.

- *¿Todo bien por ahí atrás, Kel?* – Dijo Dietlinde.
- *Sí.* – confundido - *Me asusté mucho.* – Expresó agitado.
- *Ya pasó, amores.* – tomando la mano de ambos hombres - *Ha sido un susto y nada más.* – Soltó la mujer.
- *Bajaré un segundo. Quiero ver al animal.* – Dijo Kiefer con preocupación.

Lo miraba desde lo bajo de un árbol. Compartían miedo y suerte. Un cachorro. Se acercó muy lentamente, mientras el resto del equipo observaba desde el auto. Un amante de las caricias que no tenía collar. Lo traían con las patas moviéndose en el aire. Ninguna casa ni construcción a la vista. Bajó uno, subieron dos. El jardín estaba repleto de plantas. Un pequeño y blanco cerco evidenciaba sus fronteras. El césped a medio cortar era disociado por un asimétrico camino de piedras. Alguien los saludaba. Una mujer.

- *Hola, abuela.* – Dijo Kellen yendo a saludar.
- *¡Hola, pequeño!* – contenta - *¿Cómo estás?* – Dijo Adalia.
- *Encontramos un perro. Se llama Hoffnung. Yo elegí el nombre.* – Comentó el niño.
- *¿Qué? ¿Dónde lo encontraron?* – Interrogó confusa la mujer.
- *Nos dio un pequeño susto en el camino.* – insinuando el hecho mediante gestos - *Suerte que no venían coches de frente. Imagínate.* – Dijo Dietlinde.
- *¡Hija mía!* – con una mano en el corazón - *¡Que peligro!* – Soltó impactada.
- *¿Cómo estás, Ada?* – Dijo Kiefer con una sonrisa.
- *Muy bien, tesoro.* – sosteniendo al hombre por los hombros - *¡Que susto se han llevado!* – Expresó mientras saludaba al hombre con un beso en cada mejilla.
- *Casi me infarto.* – simpático - *Pregúntale a Diet.* – Soltó mirando a su compañera.
- *¿Qué harán con él? ¿Se lo quedarán?* – Preguntó Adalia con curiosidad.
- *Podría venirle bien a Kellen.* – levantando las cejas - *Un amiguito.* – Dijo Kiefer.

Desde ese entonces, las burlas quedaron en segundo plano. Nada se comparaba con lo que le esperaba en casa. Rompió la costumbre del encierro y empezó a formar el hábito de crear aventuras con su hermanito de cuatro patas.

La amistad nunca había sido un fenómeno exclusivo de los humanos. Su condición de can, en este caso, minimizaba parámetros como la traición, la envidia y la desconfianza. Los perros siempre habían sido caracterizados, entre tantas de sus nobles aptitudes, por amar a sus dueños como ningún otro ser. Ángeles.

“El pastor alemán (en alemán: Deutscher Schäferhund) es una raza de perro pastor originaria de Alemania. La raza es relativamente nueva, ya que su origen se remonta a 1899. Forman parte del grupo de pastoreo, ya que fueron perros desarrollados originalmente para reunir y vigilar ganado. Desde entonces, sin embargo, gracias a su fuerza, inteligencia, capacidad de entrenamiento y obediencia, los pastores alemanes de todo el mundo son a menudo la raza preferida para muchos otros tipos de trabajo, como son: perro policía, perro militar, perro guardián, guía de ciegos, animal de rescate, y otros, según el uso que le den las fuerzas y cuerpos de seguridad y el ejército. En muchos países incluso cuentan con unidades específicas denominadas K-9.”¹⁴

Una víspera, cinco años más tarde, Hoffnung no salió a recibirlo como de costumbre. Varios intentos de saltar la cerca perfeccionaron la maniobra alcanzando su objetivo. No había necesidad de repartir la culpa. Nadie lo creyó capaz de semejante hazaña. Instinto animal y una posible novia. Dos metros.

Minutos bastaron para destruir una tranquilidad que había costado años construir. Su motivación para resistir las frías e intensas mañanas escolares. Su trocito de paz en el mundo.

La familia efectuaba varios y diarios recorridos en su verdoso volkswagen. Analizaron todas las posibles rutas casi con precisión militar. Las incontables llamadas telefónicas ya estaban colmando la paciencia de gran parte de sus vecinos. Avisos adornaban postes y paredes.

- *Ojala llamen.* – Dijo lastimosamente Dietlinde.

- *Mañana haré un pequeño recorrido antes de ir al trabajo.* – Comentó Kiefer.

- *Yo debo pasar por la imprenta luego de dejar a Kellen.* – cansada – *He encargado otros cien avisos.* – Soltó la mujer.

- *¿Qué te parece si intentamos dormir un poco, linda?* – Soltó estresado.

¹⁴ “Pastor Alemán” En Wikipedia. Recuperado el 26 de Octubre de 2022, de https://es.wikipedia.org/wiki/Pastor_alem%C3%A1n

Las burlas no paraban incluso notándolo más desanimado de lo normal. Ningún amigo entre tantas caras. Ya era moda molestarlo. Fingían tratarlo bien delante de los profesores para no levantar sospechas. Nadie mostraba valentía. Nunca se denunciaba semejante acto. Era mejor mirar hacia otro lado. Él nunca decía nada. Miedo al redoble de apuestas. Reacio a mostrar debilidad frente a sus padres.

*“¿Se te escapó el perro? Qué afortunado animal.
Debe ser un horror pasar todo el día contigo.”*

Las inasistencias aumentaron a la par que se aminoraban sus niveles de felicidad. Reservarse y protegerse parecía lo más sensato. Hogar dulce hogar.

- *Gracias por preocuparse, profesor Sutermeister. Se ha extraviado nuestro perro y está un poco triste. Ya sabe cómo es Kellen. Muy reservado.* – Expresó Dietlinde.

Se hizo una pausa. La mujer sostenía un teléfono.

- *Descuide.* - incómoda - *El lunes irá y pedirá los deberes.* – fingiendo buen ánimo
– *Muchas gracias por llamar, profesor. Buen fin de semana.* – Soltó la mujer para luego colgar.



Unos pasos lo acompañaban en la biblioteca. Miró a través del ojo del armario. Quitaba las bombillas de una lámpara, mientras colgante bailaba su linterna. Una voz lejana buscaba conversar con su inesperado coinquilino. Una mujer. La sangre se le congeló al sentir cómo el hombre se posicionaba para atacar desde las tinieblas. La jugada estaba clara. Su corazón imploró gritar, pero su mente le amordazó la boca. Momentos imborrables. Intenso repelús.



- *¿Te llevarás ése, Kellen?* – Dijo la bibliotecaria. Ava Glücksmann.

- *Sí.* – Respondió mientras escribía.

Completaba la ficha de alquiler de un ejemplar. “Las aventuras de Sherlock Holmes” de Arthur Conan Doyle.

- *¡Ey!* – risueña - *Yo conozco ese libro.* – mirando al joven - *Es fantástico. Te divertí-*

rás mucho leyéndolo. Arthur es un excelente escritor. – Dijo una muchacha que esperaba ser atendida.

- *Gracias.* – Expresó fríamente el joven para luego marcharse.

- *Tranquila.* – sonriendo - *Él es así.* – Soltó Ava.

- *No pasa nada.* – Respondió cortésmente la mujer.

- *¿Tú cómo estás, Senta?* – Interrogó la quincuagenaria archivista.

- *Bien. Todavía intentando adaptarme.* – Soltó para luego suspirar.

- *Tranquila, amor. Con el paso de los años terminarás sintiéndote como en tu casa.* – tomando su mano - *¿En qué puedo ayudarte?* – Preguntó.



El altavoz anunció su sexto mensaje. Un cambio de hora paralizante. Los profesores eran convocados a la sala de teatro. Rotas las reglas, había que pagar. Dentro de su ignorancia, intentó encontrar señales de vida. Apoyó una palma sobre el pecho de la mujer y esperó la respiración. Muerta. *Clic interno.* Se acercó lentamente hacia la puerta. Un vacío negro lo saludó y su ancestral temor por lo desconocido luchó por paralizarlo. Sonó la fría caja parlante. Parecía que intentaban desestabilizar al individuo más agresivo. Un movimiento que podría costarles muy caro. Desconocían su afán por mantener el control. Salió llevándose una maceta por delante y comenzó a deambular por la negrura. La luz no haría más que ponerlo en evidencia. Frías paredes marcaban el paso. Llegaba a la escalera.

- *¡Prendan la luz, imbéciles!* – Gritó alguien.

El disparo alentó la ciega subida. La muerte, al parecer, empezaría a ser moneda corriente en el lugar. Imploró que la estrategia de sus superiores tuviese sentido. Dedujo el horario y llegó a la conclusión de que los refuerzos llegarían pronto. Algo que, visto desde otro ángulo, podría animar a una tóxica misión kamikaze. Sintió la madera con sus manos y buscó desesperadamente la fría manija del lugar. Prendió la luz y todo tipo de materiales y herramientas se revelaron frente a sus ojos. A su vez, alguien con la cabeza reventada lo saludaba desde el suelo.



- *Inflaremos los distintos “glóbulos” del cuerpo humano con diferentes sustancias.* – sonriente - *Hay que hacer las cosas un poco más divertidas.* – Dijo Bernard Zweig. Profesor de biología.

- *¿Con qué inflará los globos?* – Preguntó Geert.

- *Algunos con aire, otros con helio.* – Comentó el profesor.

- *¿Qué los diferencia?* – Soltó Jarvia con curiosidad.

- *El helio es más ligero que el aire.* – risueño – *Ya verán su magia. Además, el aire, en contraste con el helio, está compuesto por varios elementos. Nitrógeno en un setenta y ocho por ciento; oxígeno en un veintiuno.* – mirando a la clase con entusiasmo – *Sólo estos dos elementos representan un noventa y nueve por ciento del aire.* – Dijo Bernard.

- *¿Y el uno por ciento restante?* – Interrogó admirado Volker.

- *Argón, Neón y, entre otros más, el Helio.* - mirando a Jarvia – *El helio entonces, como acabamos de mencionar, no es la convivencia de varios elementos químicos. Él es, en sí, un elemento químico que puede ser estudiado aparte.* – gestualizando con las manos - *El aire, recuerden, es la agrupación de varios componentes. Varios elementos químicos.* – dirigiéndose a Volker – *Por último, para agregar algo, el Helio no es inflamable a diferencia de otros gases como, por ejemplo, el Hidrógeno; siendo, este último, también parte de ese uno por ciento restante que mencionamos del aire.* – Soltó el profesor.



Acercó la garrafa hasta la puerta. ‘*Helium tank*’. ¿Dónde estaría su manguera? Experimentos lo observaban desde una repisa. Un cañón electroquímico, una “pila de Volta”, un volcán submarino y un extintor casero. Todos ellos de autoría estudiantil. Los proyectos finales de química solían definir, prácticamente, la totalidad de aprobación de la rígida e inclemente materia. Había que poner en práctica, por lo menos, uno de todos los temas abordados durante el ciclo académico. Cualquier examen intermedio no cumpliría otro fin más que el de seguimiento y control de cada uno de los colegiales.

La encontró detrás de una silla. Un flexible y grisáceo metro veinte cuyo extremo exhibía un regulador de gas. Momento de pruebas. Treinta y cinco minutos. Encendió las luces de la escalinata con su hombro y comenzó a descender casi a paso de tortuga. Su rodilla chocó contra el barandal del descanso y apretó firmemente los dientes. El armamento pesaba poco más de diez kilos.

Evidenció un interruptor tras ganar posición en el último escalón, optando por suspender la aterradora incandescencia. La tiniebla se apoderó nuevamente del ambiente propiciando una ruta mucho más compleja, pero apropiada. Segundo piso.

- ¿Hola? – Preguntó alguien en el consultorio.
- Hola, Kief. ¿Cómo estás? Te llamo desde el trabajo. – Dijo Dietlinde.
- Hola, cielo. Todo bien por aquí. ¿Tú cómo estás? – Interrogó Kiefer.
- Bien. – *apresurada* - Quería decirte que pasaré por el mercado luego de ir a buscar a Kellen. No te asustes si no estamos en casa para cuando llegues a almorzar. – Comentó la mujer.
- Entendido, Diet. Gracias por el aviso. – *empático* - Cómprale algo rico para comer. Ha estado un poco raro estos días. – Expresó incómodo.
- Maravillosa idea. Dejaré que elija él entonces. – Comentó esperanzada.
- Estupendo. – *curioso* - ¿Necesitabas algo más? - Soltó Kiefer.
- Nada más. – *concluyente* - Nos vemos en un rato. – Expresó tomando un bolígrafo del lapicero.
- Adiós, cielo. Hasta más tarde. – Dijo ansioso para luego colgar.

Sentado en el piso y con un cuaderno entre las piernas, tomó fugazmente un lápiz del bolsillo izquierdo de su pantalón de sarga e intentó escribir bajo la uniforme oscuridad. Poco menos de treinta minutos para el fin del turno matutino. La sigilosa respiración acompañó el temblor de sus rodillas durante la interminable y poco equilibrada bajada. Primera planta. Campamento enemigo.

*“El miedo es una respuesta natural ante el peligro; una sensación desagradable que atraviesa el cuerpo, la mente y el alma. Se puede deber a algo que pasó, que está sucediendo o que podría pasar. Es difícil de controlar y puede provocar todo tipo de reacciones, tales como parálisis o ataques de ansiedad. En su versión más extrema, lo que se padece es el terror. Lo curioso es que no siempre es el espejo de algo real. Muchas veces se teme a algo que no existe, que es producto de la imaginación, como los monstruos.”*¹⁵

¹⁵ “Qué es el miedo y como se manifiesta en el cuerpo y la mente” En Discovery. Recuperado el 5 de Febrero de 2016, de <http://www.latam.discovery.com/ciencia/imagenes/que-es-el-miedo-ycomo-se-manifiesta-en-el-cuerpo-y-la-mente/>

Contempló la pequeña luna dentro del ficticio cielo sin estrellas. El ojo de la cerradura del bunker era lo único que podía distinguirse en el tétrico pasillo. Se movía lentamente y tanteaba los obstáculos como podía. Correr era peligroso, aunque esperar mucho también. El zorro era astuto y, mínimo, quería empatar. El destello se aproximó cada vez más. La madera no era un conveniente escudo. Intentó apoyar el tanque, pero su codo chocó con la perilla. Dos balas.

- *¡Aléjense, imbéciles!* – Dijo una voz.

Se arrastró velozmente hacia la escalera y escaló unos pocos peldaños hasta asegurarse de quedar fuera de la trayectoria balística. Palpó su cuerpo de manera desesperada pero, para su suerte, seguía intacto. Nada le ocultaba su adrenalina. Escuchó movimientos en la fortaleza enemiga. La entrada sumaba capas de robustez, disminuyéndose la intensidad del satélite guía. Rezó porque el instrumental siguiese firme e intacto bajo las puertas de la bestia. Preparó su camisa. Desesperado, hizo sonar nuevamente el altavoz. No quedaban muchas chances. Tapó el bajo y ancho hueco de la puerta con la pálida prenda de algodón. Apoyó sutilmente el grisáceo tubo en la boca de la cerradura y cerró los ojos. Helio.

- *¡Maldito hijo de puta!* – Gritó neurótico el hombre.

Un ardor inmenso inundó su pecho. Proyectoil que lo acostó. Sonrió para sí mismo y complacido se dejó partir. Nada de que arrepentirse...

La verdad.

La policía se encontraba fuera de la institución junto a un equipo de especialistas químicos. Ninguna sustancia directamente mortífera había sido captada por la tecnología ambiental. Semillas de plástico.

Cuatro ambulancias esperaban a los caídos en batalla, mientras un centenar de involuntarios espectadores inundaban los jardines con sus lágrimas. Se consolaban mutuamente. Algunos, desesperados, interferían con la labor de los peritos.

- ¡Es mi hijo! – *destruida* - ¡Déjenme pasar! – Gritó Dietlinde empujando a un comisario.

- ¡Señora, cálmese! – *frenándola con los brazos* - Podrá verlo apenas terminen de inspeccionar el escenario. – Dijo incómodamente el hombre.

Los inhumanos protocolos eran odiados en situaciones así; y el lado más profundo del amor solía disfrazarse con prendas de una sensata locura. Desespero. Su visión de la injusticia lo había llevado a cometer actos inimaginables, deseando pasar un turno escolar completo sin ningún tipo de oposición. El alguna vez “prócer” ahora se había inmortalizado como un ser infame, sinónimo del terror. No se miraban entre ellos. Luchaban internamente con cada una de sus jóvenes culpas. Ya era tarde para arrepentirse por todo el daño alguna vez causado. No habría oportunidad de conocerlo mejor. Quedaba sólo despedirse y agradecer. La puerta principal se abrió exhibiendo cuatro camillas tajantemente enfiladas. Cuatro bolsas mortuorias.

- ¡Me dijeron que podría verlo! – *en llanto* - ¡Suéltame, Kiefer! – Gritó Dietlinde.

- ¿La mujer es familiar de alguna de las víctimas, caballero? – Consultó misericordiosamente una forense.

- Sí. - *inanimado* – Somos los padres del niño. – Comentó Kiefer.

- Acompañennos, por favor, entonces. – Soltó con benevolencia.

Escapó de los brazos sofocantes de su marido; y doblada de angustia se arrodilló en el suelo. Su compañero intentó calmarla, pero éste también se desplomó. Dos muertos en vida con mucho trabajo por delante.

Un trajeado hombre se acercó.

- ¿Ustedes son los padres de Kellen, verdad? – Preguntó incómodo el comisario.

- Sí. – Sollozó Kiefer.

- Tal vez quieran conservar esto. – *entregándole un pequeño cuaderno* – Su hijo lo llevaba en el bolsillo de su pantalón. – *recomponiéndose* – En instantes, un enfermero y una psicóloga vendrán a revisarlos. Entendemos que esta es una situación sumamente complicada y queremos asegurarnos, dentro de nuestras posibilidades, de que tengan la mayor contención posible. - Comentó el funcionario para luego retirarse.

Confundido, continuó abrazándola. Tinta fresca sobre la portada.

“LOS PERDONO A TODOS”.